

# *Cuentos morbosos*

JESÚS GÉNESIS MÁRQUEZ RAMÍREZ

---









# Cuentos morbosos

JESÚS GÉNESIS MÁRQUEZ RAMÍREZ





**María Angélica Granados Trespalacios**

Presidenta Municipal

**Rebeca Alejandra Enríquez Gutiérrez**

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

**Flor de María Navarro Pastrana**

**Gustavo Macedo Pérez**

**José Iván Cruz Estrada**

**Arturo Loera Acosta**

**Victoria María Montemayor Galicia**

**Luis Fernando Rangel**

**Víctor Velo**

Vocales editoriales

**Ramón Alejandro Carrillo Mercado**

Programa Editorial

**f / CreaturaEstudio**

Diseño y maquetación

**Tzeitel Velo**

Corrección de estilo

**Isaí Omega**

Arte de portada

D.R. Instituto de Cultura del Municipio  
Coordinación de Fomento a la Lectura y  
Programa Editorial Municipal  
Av. Teófilo Borunda Norte # 1617  
Chihuahua, Chih. C.P. 31000

*e*

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2020-2021



**L**a promoción de la lectura es un reto para el funcionariado público de todos los niveles, por eso, cuando logramos establecer estrategias para eliminar poco a poco las barreras entre el público y los materiales de lectura, lo consideramos motivo de celebración.

Durante esta administración municipal concretamos un proyecto sin antecedentes en el estado: la digitalización de todos los libros publicados bajo el Programa Editorial Chihuahua, en sus ediciones de 2018, 2019 y la del 2020, que estamos poniendo a disposición de la ciudadanía en general. Nuestro objetivo es ampliar el alcance de nuestras colecciones y distribuir los libros físicos en las áreas y con las personas que así lo requieran, a la par que se pueden descargar en la página web del Programa Editorial.

El democratizar el acceso a las publicaciones editadas por las instituciones debe ser una prioridad, no sólo por la promoción misma de la lectura, sino porque cada uno de los libros que se encuentran en nuestras tres colecciones (Soltar las Amarras, Con Trayecto e Historias de mi Ciudad) son un testimonio de la creación literaria que se está generando en el municipio, donde se vislumbran voces originales, críticas, con gran capacidad de análisis y de ser universales expresándose desde un contexto local.

Nos enorgullecemos de ser un espacio de difusión del trabajo creativo de escritoras y escritores tan talentosos. Enhorabuena por ello y sigamos celebrando la vida del libro.



# ÍNDICE

Los ojos de una sirena no son de cristal	10
Problemas de una menonita	22
El ruido de la lluvia en el desierto	38
Pájaro en mano	49
Una estrella en la sierra	64
Lumen in caelo	70
Sombras Blancas en el día	80
Los árboles no lloran	102
Adelfopoiesis	106
Nueva historia de dos ciudades	117
La lumbre de Mata Ortiz	118
La novia de Chihuahua	120
La tercera raíz	125
La ciudad de las cifras	128

## LOS OJOS DE UNA SIRENA NO SON DE CRISTAL

---

—Dime, ¿lo conoces? —El hombre, cercano a los 50 años, aproxima con su mano derecha una fotografía al cuestionado.

—¿Ya lo puedes reconocer, Martín?, ahora ya lo reconoces, ¿verdad? Anda, dime ya, ¿recuerdas su nombre?

—No, no lo recuerdo.

—¿No, Martín? No mientas. Sabes bien quién es, es tu amigo. ¿Dónde se conocieron? Necesito saber qué ha pasado... ¿Puedes ayudarme?

—En la calle. Lo conocí en la calle, hace años. A él también lo echaban por las noches de su casa.

—Martín, mírame, ¿sabes qué le ha pasado a tu amigo Tony?

—Sí, lo sé. Tony ha muerto.

—Tony no murió, Martín, lo mataron. ¿Tienes idea de quién fue?

—No.

—¿Cuándo viste por última vez a Tony?

—Creo que ayer, señor.

—¿Y hoy durante la mañana no lo viste, Martín?

—No, me fui a jugar con Habib y con René a otro lugar.

—Pero, Martín, tus vecinos dicen que te vieron con Tony en el arroyo. Alguien le hizo daño a tu amigo Tony, Martín. ¿Acaso fuiste tú?

—Yo no lo hice...

—Martín, ¿qué edad tenías cuando conociste a Tony?

—No lo sé.

—¿Qué edad tienes ahora, Martín?

—Siete años, señor.

—Martín, ¿sabes qué es la verdad?

—Lo que no es una mentira, ¿no?

—Mmmmmh... sí. Algo así.

—A ver, Martín, si digo que Tony está aquí, ¿es verdad eso?

—No, porque está muerto, y ahora está en el cielo.

—No, Tony no está en el cielo, está en un ataúd. Martín, si digo que estamos aquí tú y yo solos, ¿es eso verdad?

—No, tampoco. Porque afuera están Julio y Alejandra. ¿Por qué a ellos no les pregunta nada? ¡Todo lo respondo yo, eso no es justo!

—Por ahora me interesa hablar contigo, Martín. ¿Tienes ham-

bre?

—Sí, sí tengo hambre. Un poco.

—¿Te gustaría un jugo?, ¿una fruta?, ¿un chocolate?

—La fruta, por favor.

—¡Miiiiiguueeeeeeeeeeeell!, ve a la cafetería, compra algo. Que sea fruta, rápido. —Reynaldo Orozco hace una señal en el aire mientras el subordinado baja las escaleras corriendo. Regresa el empleado, entrega la fruta al investigador. Son unas uvas.

—Toma, Martín, están frescas. —Alarga las manos, y después de sacar unas cuantas de la bolsa, la entrega de nuevo al niño.

—¿Te gustan, Martín?

—Me gustan las uvas porque parecen ojos y saben muy rico.

—Qué bueno que te agraden las uvas, son todas para ti. Regresemos a Tony. Martín, cuéntame: ¿a qué jugabas con Tony?

—A los secuestradores, señor.

—¿Qué hacían?

—Caminábamos por todo el barrio hasta encontrar un gato, o un perro. Un día Tony encontró una gallina, creo era de doña Carmen, total, se la robamos. La llevamos hasta el bordo, así le dicen al arroyo seco que pasa por la orilla de la colonia, y allí nos pusimos a

jugar con la gallina. Yo le puse Susana.

—¿Qué hicieron con la gallina, Martín?

—La matamos. Yo le corté el cuello con unas tijeras de esas que se usan para acabar con las ramas de los árboles. ¡Tony y yo nos asustamos muchísimo! La gallina, sin cabeza, salió corriendo. Entonces él dijo que sólo jugaríamos con perros, o con gatitos, porque esos cuando uno los mata ya no pueden moverse.

—¿Dónde vives, Martín?

—Vivo en la calle, pero vivía acá en Laderas.

—Y tu familia, ¿dónde está?

—Allá, en su casa. Yo estoy en la calle porque estoy peleado con mi hermano mayor, hasta mi mamá le tiene miedo a él. Por eso yo no me quedo con ellos.

—¿Por qué te peleaste con tu hermano?

—Por cosas.

—Pendejadas, ¿eh?

—Sí, tonterías.

—Pero te fuiste, tu madre debe estar preguntando por ti, ¿no?

—No. A veces la veo en las noches cuando ella llega de trabajar en la maquila.

—¿Y qué haces en un día normal? ¿Te estás todo el día en la calle, chingando?

—Sí, todo el día jodiendo en la calle.

—¿Y has probado lo que se consume en las calles? ¿Sabes lo que es el cristal?

—Yo ni fumo. Yo me junto con ellos, sí, pero para pasar a veces la noche con ellos. Fumo con ellos para que me cuiden.

—Y cuando no puedes pasar la noche con ellos, ¿qué haces?

—Pido monedas.

—¿Hoy dónde pasarías la noche?

—En la farmacia o en el cajero automático.

—¿Hay un techo allí?

—Sí, pido monedas afuera.

—¿Y no te dan ganas de regresar y tocar la puerta de tus padres? ¿No se te ocurre, de pronto, decir: «Voy a arreglar las cosas con mi hermano»?

—Naaaaah...

—¿Y a ti, tu madre te dijo alguna vez que no consumieras esa

cosa?

—¿El cristal? Una sola vez lo probé, y después no me gustó, y lo dejé.

—Te cayó mal, ¿eh?

—Sí, horrible. ¡Me hizo vomitar! Además, no se puede dormir si fumas.

—¿Y hace cuánto no ves a tu mamá?

—¿A mi amá? La vi ayer porque fue a trabajar.

—¿Y te dice que regreses y vayas con ella a casa?

—Sí me dice, pero yo no le hago caso de tonto que soy. —Silencio breve entre el niño y el agente Orozco.

—¿Qué te pasó en el ojo, Martín?

—Me clavó un cuchillo un niño, mi amigo.

—¿Por qué?

—La maldad que tenía.

—¿Cuál fue el problema?

—Nada, Habib y yo estábamos discutiendo, sacó un cuchillo y me... Estoy operado del ojo.

—¿Ves bien?

—No, veo borroso, me cortó la venita.

—¿Y no te acuerdas por qué discutieron?

—No.

—¿O no te quieres acordar?

—No, nada. Lo único que recuerdo es que se hacía el gracioso, y yo empecé a gritar y ahí me fui.

—Oye, ¿Julio, Alejandra, Habib, Tony y tú jugaban muy seguido?

—No tanto. Tony les tenía miedo.

—¿A quiénes?

—Usted sabe, a Julio y a Alejandra, porque ellos ya son grandes. Tienen 16 años.

—¿A ti no te daba miedo jugar con ellos?

—No, a mí no. Yo también soy grande.

—¿A qué juegas con los grandes?, cuéntame.

—Los grandes no juegan, hacen dinero.

—¿Tienes dinero, Martín?, ¿te gusta el dinero?

—No, todavía no tengo. No me gusta, pero es necesario. ¿Sí ve, señor? Por eso me juntaba con ellos.

—¿Te daban dinero?

—A veces sí.

—¿Cuándo te daban dinero?

—Ah, pues depende. Si trabajaba para ellos, me pagaban.

—¿Qué tipo de trabajos hacías para ellos?

—Las cosas que ellos no querían hacer. Me decían: «Martincillo, si le pegas hasta sangrar atal o cual niño y te dejas grabar, te daremos plata», pues yo iba y les pegaba hasta sacarles todo el rojo de la boca. Era mi forma de hacer dinero, porque el dinero es lo que importa. ¿Síve?

—Sí, ya veo. Tengo otra pregunta, Martín, ¿por Tony te pagaron?

—No. La verdad no, señor. Yo también tengo una pregunta para usted, señor: ¿es un doctor, o por qué usa ropa toda blanca?

—Orozco se ríe. El semblante falsamente endurecido no puede atemorizar al niño, le provoca ante todo curiosidad. Sólo eso.

—No, Martín, no soy doctor. Soy un investigador de la Fiscalía. Un detective, digamos, como los de la televisión. ¿Los has visto?

—Sí. Usted se encarga de buscar las pruebas para culpar a los ladrones y meterlos a la cárcel, ¿no?

—Sí, Martín, algo así. ¿Tú me escondes algo que deba buscar?

—No. Yo no escondo nada. ¿Y usted esconde algo?

—¿Mataste a tu amigo?

—¡NO!, yo no. ¡Yo no lo hice!

—¿Sabes entonces quién lo hizo? —El niño se tira con los dedos de la mano izquierda el borde del cuello de la camiseta, luego se lleva las manitas al cuello.

—Sí.

—¿Quién lo mató, Martín?

—Fue Habib, doctor. ¿Le puedo decir doctor?

—Bueeeeno, si quieres puedes llamarme doctor, pero, dime, ¿quién más estuvo cuando Habib mató a Tony?

—Los grandes.

—¿Cómo se involucraron?, ¿qué hicieron, Martín?

—Por la tarde Tony y yo íbamos para nuestras casas, él a la suya y yo a la mía. ¿Sí ve, doctor? Entonces Julio y Alejandra nos dijeron que fuéramos a su casa a jugar. Fuimos. Estando ahí, Alejandra

me dijo: «Martín, a que no te atreves a darle un martillazo a Tony por este billete». Y el billete que me enseñó era muy grande, ¿sí ve, doctor?

—Entonces, ¿lo mataste pegándole con el martillo?

—¡Nooo!, no así. Lo pensé, pero no me atreví. Entonces llegó Habib y me dijo: «No seascobarde, dale duro. Destrózale la cabeza, si muere podrá revivir». Yo le pegué, pero no tan fuerte. Quiero mucho a Tony. ¿Sí ve, doctor?

—¿Y cómo murió Tony entonces?

—Julio y Alejandra decidieron que jugaríamos al secuestro con Tony mientras dormía, porque cuando le pegué lo mandé a dormir, doctor. Jugar al secuestro era divertido. Le cortamos el pelo, le pusimos unos picadientes bajo las uñas para quitárselas, rasuramos sus cejas, pero Julio dijo: «Vamos a sacarle un ojo al güey», y me hizo amarrar a Tony a la silla con las cintas de sus tenis. Fue cuando se despertó del martillazo. Ale me dijo que agarrara un cuchillo y se lo hundiera en el ojo.

—¿Lo hiciste, Martín?

—No. No pude, me dio por llorar. Julio llegó hasta mí, agarró el cuchillo y me cortó el cachete. Me dijo que yo era un cobarde. Entonces él comenzó a sacarle el ojo a Tony.

—¿Tú qué hacías?

—Llorar, doctor, me ardía mi cara, tenía miedo.

—¿Qué hacía Tony?

—Él gritaba. Pedía que paráramos. Decía que le dolía. Nos pidió que lo dejáramos ir, juraba que no diría nada de lo que le habíamos hecho, pero que lo dejáramos ir con su mamá. Yo dije que tampoco diría nada, pero que nos dejaran ir.

—¿Tenías mucho miedo, Martín?

—Al principio sí, luego me dijo Habib: «Está bien, no lo mates, pero te mataremos a ti». Entonces ayudé a matar a Tony, pero no quería.

—¿Cómo ayudaste?

—Tomé el cuchillo más grande, porque Julio había llevado muchos. Dudaba de hacerlo o no, otra vez Habib me dijo: «Tony no es tu amigo, él quería que el secuestrado fueras tú». Me llené de coraje, de un raro enojo. Grité. Sentía que la ropa me quemaba. Le di con el cuchillo hasta que la punta se rompió.

—¿Recuerdas algo que te haya dicho Tony en ese momento?

—No lo sé, doctor. Sólo recuerdo a Habib diciéndome que le diera una más, una más, una cuchillada más. Recuerdo también a Alejandra y a Julio grabando todo. Se reían, decían que, si nos descubrían, nos iríamos a la Sierra con el tío de Julio. Allá él hace hartos negocios. Esnarco.

—Ya veo, ya veo. Dime, Martín, ¿sigues con mucha frecuencia los consejos que te da Habib?

Martín voltea de un lado a otro de la oficina, inspecciona las cortinas, el color de la pintura, los pelos que salen de la nariz del investigador. No comprende la pregunta. Otro brevesilencio entre los dos.

—Dile que no, Martín, dile que no. ¡Pensarán que estamos mal, que estamos locos!

—No, doctor. Y Habib tampoco escucha voces.

## PROBLEMAS DE UNA MENONITA

---

*Soy una increíble mezcla de contradicciones más compatibles con la Santa  
Rusia del siglo XIX que con esta moderna América de cabezas rapadas.*

Jack Kerouac

*De anoche: aquí estamos para deshacer el amor, arrasar y darle otro nombre  
al paraíso.*

Jesús Gardea

—Una ciudad se parece demasiado a un animal. Y toda ciudad, inevitablemente, se parece a otra en algún mínimo aspecto: Detroit, Juárez, Puebla, la Ciudad de México, Minsk, Gómel, Buenos Aires, Dakar, Moscú, Bogotá, El Cairo, Seattle, Valladolid, Berlín, Tokio; todas enormes y hambrientas bestias devorándose a los individuos. Hay algunas ciudades que devoran más que otras, ¿no te parece?

—Por lo regular, si han sido proyectadas y trazadas correctamente, las ciudades se van revelando desde la vista aérea como una cuadrícula casi perfecta, formada por cientos y cientos de cuadrados, de rectángulos, a veces de triángulos. Desde arriba, para mí, parecen un sistema celular. Cuadra tras cuadra como célula tras célula. Ya sé, está loquísimo ese *trip*, pero es neta, y nosotros una parte mínima de ese sistema celular.

—Si las ciudades no son un sistema celular nervioso, sí parecen un sistema cardiovascular. Calle y avenidas serían las venas y arterias. Piensa en esto, Rubén: si la carretera «X» que comunica al poblado

«G» fuera una arteria, como digo, lo lógico sería imaginarnos a ti y a mí siendo microorganismos que se transportan a través de esas arterias. Tal vez somos una partícula de grasa que viaja erráticamente y que ansía provocar un infarto, tal vez sólo una embolia. Todos nosotros somos (para lo grande del mundo) glóbulos accidentales. Miles y miles, millones de glóbulos innecesarios en las ciudades-arterias de la tierra. Casi por naturaleza, creo yo, tendemos a desplazarnos de un lugar a otro, como los glóbulos de la sangre. ¡Es la verdad, Rubén! Esa es la otra historia de la humanidad en un capítulo: la migración y la inmigración. ¿Ah, no me crees?, pero si como especie los humanos distamos mucho de ser sedentarios, ¡nunca lo hemos sido! ¿Yo? Ahhhh, yo quise cambiar de frontera. Me gustan las fronteras. Las geográficas y las sociales. Me gustó imaginarme viviendo en la frontera entre Estados Unidos de Norteamérica y Canadá.

Dejé mi valle y me fui a los Unaites. Pero mi migración comenzó hace tres generaciones, cuando llegaron mis bisabuelos cargando hasta con el trastero. Es costumbre, y una muy nefasta, que a nosotras las mujeres menonitas nos obsequien un trastero al momento de nacer. Nuestra cultura es ante todo misógina y un tanto misántropa. A las menonitas se nos exige que seamos hábiles para preparar los alimentos y elaborar la ropa que usará la familia; hacer mantequilla fresca; saber medir las porciones —casi equitativas— entre la leche y el suero para hacer queso (¡porque hay que saber cómo hacer un buen queso!); preparar conservas de frutas; saber preparar borsch, blini, schi; saber hornear un dulce apfelstrudel de manzana recién piscada: ser sumisa, en resumen. No importa si sufres, lo importante es cultivar la *seele*<sup>1</sup> en vida para sonreírle en la última hora a la muerte, según ellos.

1           Significa «alma», en plautdietsch.

¿Por qué salí de mi casa entonces si vivía un idilio bucólico? Pues porque esa no era vida para mí. Por eso dejé México, pero antes de contarte mi historia cuento la de mis ancestros, que es la mía. ¿O te agüitas de escuchar mis traumas infantiles?.

Como te digo, Rubén, mi bisabuela llegó a un valle: San Antonio de los Arenales, ese nombre tenía Cuauhtémoc cuando llegaron. Llegaron con las lámparas de petróleo, los caballos de tiro, las vacas, los pollos, los carros de transporte y muchas especies diferentes de semillas que no crecerían nunca en esta tierra. Venían desde Manitoba. Llegaron porque Canadá había pedido que el grupo de remisos rusos —porque iban huyendo de Rusia— brindaran servicio militar. Entonces huyeron hacia México. Así habían salido de Francia hacía 300 años para ir luego a Holanda, después a Suiza y luego a Alemania; e invitados por Catalina la déspota se fueron a Rusia, Prusia, Bielorrusia y luego a Canadá. Siempre huyendo mi gente, nómadas modernos. Somos un pueblo sin nación. *Warum würde zu meinem bruder zu töten, wenn Gott unser Vater ist, und er kann uns sehen?*, dice mi abuela cuando he preguntado qué piensa de la guerra que desplazó a sus padres. Unos la llaman la Revolución Rusa. Frente al trato con los semejantes: paciencia y resignación. *Gott wird geben wir relief*, siempre dice lo mismo: Dios nos dará el alivio.

No, no fueron unos cobardes por salir huyendo de la Revolución Rusa, Rubén. ¡Al contrario!, qué valientes para dejar cuanto habían conocido y amado. Eso es ser un verdaderorevolucionario: arriesgar todo por la familia. Para nosotros, bueno para ellos, para los menonitas la guerra es injustificable e incomprensible.

*Gott liebt alle seine kinder...* En eso sí estoy de acuerdo con ellos, Dios

ama a todos sus hijos, no sólo a unos.

Me desvió de mi historia, Rubén, mi bisabuela Anfisa (se pronuncia Ahn-fee-sah) llegó a México en 1922 con su esposo: un habitante del valle del Vístula. Ella nació en Ekaterinaslav, conocida como Dnepropetrovsk, hoy Ucrania. Mi bisabuelo, Mstislav, dejó en los márgenes del río Dniéper a sus hermanos, que eran retrasados mentales. Allá dejó también a su madre enferma, a su viejísimo padre. Ellos no quisieron dejar su casa y murieron cuando los germanoparlantes o los russische-deutsche eran vistos con recelo tras el triunfo de la Revolución, sobrevivieron algunos años. Fueron enviados por órdenes del inamable Stalin a diferentes gulags. Algunos hermanos de mi abuelo murieron de frío, otros de hambre. Sólo uno, el padre, tuvo la suerte de morir rápidamente con un disparo mientras tocaba su balalaika.

El padre de mi bisabuelo era obstinado y pacífico, en 1918 se enlistó en el ejército blanco, que era pacifista para coraje y frustración del Revolucionario Ejército Rojo, ese fue el inicio de un largo final. Así fue como se terminó la sangre de nosotros los Kuznetsov en Rusia.

Por eso cuando Anfisa le dijo a Mstislav: *Ich möchte Ihnen mein Mann zu sein. ¡Küss mich!*, el pobre no pudo resistirse: la besó y aceptó ser su esposo. La única promesa que sehicieron fue irse de ese infierno. Lo siguiente fue un poco más difícil, cruzar el océano parallegar a Canadá. En Canadá vivieron algunos años, pero no les gustó.

Birolsva, mi abuela que era un alegre feto canadiense, se esperó a nacer un 28 de mayo de 1922. Tenían apenas unos meses en México

cuando mi abuela intuyó: *Ist ein bisschen hässlich, aber es fällt*, y nació.

¿Qué? ¿Por qué quise venir a vivir en una ciudad marginal? Puuuuueess a eso voy, no tienes paciencia.

—Es que no entiendo, Guimel, por qué necesito saber todo eso. Mejor dime si te llevabas bien con tu familia, o no. ¿Te gustaba México, o no? ¿Te iba bien en tu trabajo, o no? Pero no me cuentes la historia familiar. Prescindo de ello.

—A diferencia de ellos, y de ti, me sofoca la quietud, la paz. Ansío el ajetreo.

No puedo vivir en el campo. No puedo, me caga. Soy igual a ellos en no ser violenta, pero amo al mundo, no me asusta ni tengo miedo a que me devore. Eso heredé también, la falta demiedo; así llegaron ellos a Chihuahua. Chihuahua. Chi-wa-wa. No había dicho a dónde llegaron. Buscaban tierras pródigas, pero encontraron el silencio de las llanuras, el frío de la sierra, el sol arenoso de México. México es mi *gemütlich*. No, Rubén, no es una grosería. Es un adjetivo, y designa algo o alguien que reconforta. Cuando me siento triste pienso en el cielo de México, mi *gemütlich*.

Los americanos, así se llaman entre ellos, por lo general asocian Chihuahua a una raza de perros diminutos y nerviosos. Perros sin gracia y más bien desesperantes, los odio, pero no, Chihuahua significa «lugar árido y arenoso» en la lengua rarámuri, que es la de los pies ligeros y descalzos. Shakira les robó el nombre, ¿no crees? Por aquello de los pies descalzos, digo yo.

¡Tssssss, tssssss, Rubén! Mira, voltea discretamente a tu lado iz-

quierdo. Ahora, mientras repito intencionalmente la palabra Chihuahua, dos escuálidas rubias han volteado a vernos y *esperan*, quizás, a que saque un diminuto perro de mi bolso. Creo que ellas son las perras, ¿nocrees? Chi-hua-hua. Shi-wa-wa. She's a guau-guau. She's a guau-guau.

Detroit, te vuelvo a repetir, Rubén, se parece a cualquier otra ciudad del mundo. Salvo que aquí el turismo gira en torno al fracaso del capitalismo. Cientos vienen sólo para ver sus ruinas y poder decir «estuve en las ruinas de la ciudad motor».

—Es amedrentador ver el éxodo en la modernidad. Vivimos en la mentira occidental de llamarnos sedentarios. ¡No! Somos migrantes, somos nómadas. ¡Por eso amamos viajar en las vacaciones! Necesitamos el movimiento para sentirnos vivos —le contesta Rubén a Guimel, mientras ella apaga su celular y lo guarda en la bolsa delantera del lado izquierdo de su pantalón.

Tal vez sea esa también la razón por la cual Detroit se quedó sola y pobre; se fueron todos. Cuando los afro consiguieron ganar más que se respetaran sus derechos laborales, huyeron los empresarios. Los plutócratas vieron el potencial de llevar la prosperidad de sus fábricas a otros países para explotar libremente a ciudadanos no americanos. Detroit se fue quedando sola, ¿lo puedes ver, Guimel? Los hijos de los empleados, estudiados y profesionistas emigraron a otras ciudades. La población blanca huyó también, quedándose los rezagados.

—En eso se parece Detroit a los pueblos de México, Rubén. Se parece también a las ciudades que se quedan sin gente, porque se

vienen de mojados. Me siento en confianza. A gusto. A veces siento que vivo en Ciudad Juárez, o en Ciudad Neza. ¿Has viajado alguna vez a Ciudad Juárez, Rubén? ¡Vamos al Noa Noa, un lugar de ambiente en donde todo es diferente! —Él mira las pecas a Guimel, decenas de lunares puestos en un orden arbitrario sobre el rostro pálido, en una especie de caos esplendoroso.

—No. A México nunca he ido. Tú sabes que recién acabo de salir de Puerto Rico.

—¿Y te agradaría viajar al desierto?, yo podría ser tu guía turística

—Guimel bebe de su tarro de cerveza. El trago de alcohol le pone rojizo el rostro. Rubén la observa con sus enormes ojos negros. Se embriaga de ella.

—Primero quería conocer Detroit, quería ver el fracaso por mí mismo.

Mientras conversan, un grupo de cuatro hombres los escuchan con interés. Se diría que es un grupo mixto: dos anglos rubios, uno rapado a la skinhead y otro casi rapo. Les acompañan unhispano y un afroamericano. Los cuatro llevan puestos pantalones de mezclilla, cadenas al cuello y tatuajes. El latino lleva una cruz en el antebrazo derecho, y los rubios una esvástica en la playera.

—¿Y te sientes feliz de estar en Detroit? —fustiga Guimel a Rubén.

—¿Acaso tú no? ¿No te agrada estar becada por el gobierno nor-

teamericano para hacer literatura?

—¿Te hace feliz tu cheque de 200 dólares mensuales?

—Ahorita no sabría responder si soy feliz o estoy feliz. Creo que ambos. Esto ayuda a sentirse así. —Rubén agita su vaso de whiskey mientras ve cómo se acercan los sujetos a su mesa.

—Y tú, ¿cuánto tardaste nadando desde Cuba hasta aquí? Seguro que estás cansado —le grita el latino, que no es mayor de 30.

—No soy cubano, aunque amo a Cuba. Mi patria es el mundo, pero soy puertorriqueño. Esta bandera que ves en mi playera no es cubana, es de Puerto Rico.

El afroamericano retrocede, luego dice con un marcado acento:

—Puerto Rico no es un país, es un semiestado de Estados Unidos, it's just bullshit.

—¡Puerto Rico no es un país de mierda, ustedes son mierda, pero no por eso Detroit o este país es mierda! —arremete una encabronada Guimel—. ¡Arschloch!<sup>2</sup>

—And you, beauty? You for sure are an American Citizen. What are you doing with this damn brownie?

—Él es mi novio, por eso estoy con él. Lo amo, sobre todo, por su color de piel.

---

2      Significa «culero» en plautdietsch.

—No way, that's impossible! How can an american fall in love with a brownie man? —le contesta el más alto de los dos anglos.

—No soy americana, soy me-xi-ca-na. Aunque México está en Norteamérica. A ustedes los racistas se les olvida que Norteamérica es más que su país, es México también. ¿So how does it feel to fell in a crush with a stinky mexican women, damn faggot?

—You don't look like a mexican...

—Pero lo soy. So, take all your shit and put it together really far away from me, fooooooo.

Rubén, que odia el inglés, comienza a cantar: *San José, Río Grande, Luquillo, Puerta de Tierra, Santurce, Monasillo, Urbanizaciones, Caseríos, el FBI se ha metido en un lío. Están jodidos, se jodió la Casa Blanca; ahora voy a explotar con estilo, en el nombre de Filiberto Ojeda Ríos. Me tumbaron el pulmón derecho; pero todavía respiro. Me voy a los tiros, todavía respiro...*

—So, can you girl come with us and enjoy an American Halloween Party?

Pese a lo asqueroso del racismo de los sujetos, Guimel se lo piensa. Hace más de un año, desde que llegó, que no sale de fiesta. Rubén muestra desconfianza en su mirada; no quiere ir y sigue cantando: *A los federales con piedras les tiro. Y si no hay... pues les tiro con güüroles tiro con lo que sea; tumbaron al hombre, pero no a la idea. A todos los federales les escupo con diarrea; me dan nausea, me dan asco. ¡Yo sé que estoy perdiendo los cascos!*

—You will meet the true american way to celebrate this day. De-

troit is a party tonight.

Mama Thompson, la dueña del bar, ha escuchado cómo abordan los racistas a Guimel y Rubén. Con un plumón comienza a garabatear algo en una servilleta.

—So, are you ok? Come with us and let's have a lot of american fun!

—Guimel, ¿en serio quieres ir con ellos? ¡Ni siquiera has terminado de contarme la historia de tus abuelos!

—¿Qué importa si son racistas? En esta ciudad hay poca gente blanca, en cualquier caso, ellos son la minoría. Sería divertido infiltrarnos en la fiesta de los cerdos blancos, ¿no lo crees? *¿Y qué dirán ay ay ay de mí? Me dicen la descarada, me dicen la descarada, porque me río en tu cara, porque me río en tu cara, me dicen la descarada. Prefiero agraderle a los animales, que a unos pseudointelectuales, son incoherentes con sus ideales. Los puedes ver en el Starbucks, tomando chai y hablando de té: ecologistas que contaminan, hay pederastas que ofician misa...*

—No. No quiero ir, no. Aunque me cantes canciones de Amanditita, no quiero ir. No porque un latino venga con ellos deberíamos de ir. Vamos a ser la burla, no quieren divertirse con nosotros, quieren reírse de nosotros. No vayamos, por favor.

—Debes de ser más asertivo, más arrojado, Rubén. Además, si quieren pasarse de listos los mandamos a Guantánamo Caimanera, como decía Celia Cruz.

Rubén clava una mirada cercana al odio en Guimel.

—Es una broma, ¿verdad?

—No, en verdad los enviaremos a Guantánamo. Confía en tu novia, ¿crees poder hacer eso por mí? —Guimel alza la mano haciendo una señal para que le lleven la cuenta, el mesero se acerca. Piden la terminal bancaria, deslizan una tarjeta. Antes de salir del bar se despiden de Mama Thom, inmigrante también. Al despedirse, Mama Thom desliza un papel en la bolsa de Guimel mientras la besa en la mejilla: *Rufen sie diese nummer an, wenn sie in gefahr sind*. La lengua, ya lo dijo Quevedo, puede ser un arma. Una más poderosa que el plomo, incluso.

—¿Y qué tan lejos queda su departamento de aquí?

—Está muy cerca, menos de 10 minutos —responde el latino mientras enciende lo que parece un cigarrillo. Van saliendo del bar que se encuentra sobre el Wood Ward Avenue, los cinco suben al automóvil, porque Louis, el afroamericano, prefiere no ir. Así van, alejándose del centro de la ciudad Guimel, René y los tres dudosos hombres.

—¿Quieren un poco de esta mierda? —pregunta Marvin, anglo que sabe hablar español. El auto ha doblado por la calle Monroe para salir luego a la Hudson Quarter hasta desembocar en la Gra-toit. Marvin extiende el antebrazo y finalmente llega a Guimel con la mano sujetando el bulto que se quema. El humo, denso, no es cigarrillo. Rubén pide que bajen el cristal de la ventana, tose.

—Cuando lleguemos al departamento, verán qué divertido será. ¡Habrá tantos frijoles y piñatas que nunca querrán irse a su país tercermundista! —dice en un perfecto español Marvin. El otro anglo

conduce con el latino de copiloto.

—Deberíamos bajarnos y caminar a casa. ¿No te has cansado de que nos insulten? —le pregunta Rubén a Guimel, sacudiéndola del brazo. Ella se enfada, odia que la tomen del brazo. La hace sentir como una niña. Están ya casi a punto de llegar al Edsel Ford Freeway.

—¿Sí, ir a casa a dormir, a leer? ¿O prefieres que te haga cena mientras tú escribes? Pues no. Hoy no. Dije que quería salir de fiesta e iremos de fiesta, aunque sea con estos pendejos. Quizá sean un poco idiotas, pero tenemos muy pocos amigos. Rubén, lo peor del día de brujas es pasarlo encerrado en casa. Es absurdo. Por eso te invité hoy a cenar, y mira en qué terminó...

—Heeeey, what's going up, faggot? —pregunta Billy, el anglo que no habla español y que conduce. En la radio del automóvil se transmite un hip hop más que pretencioso: *Jesus called, he said he's sick of the disses. I told him to quit bitching and this isn't a fucking hotline. For a fucking shrink, sheesh I already got mine...* Afuera, tras la ventana, el auto va pasando las grandes parcelas vacías donde una vez hubo casas.

Algunas casas arden, es 31 de octubre y los adolescentes de Detroit lo celebran incendiando hogares abandonados. Hay un resplandor color naranja en el cielo.

—¿Queda aún muy lejos su departamento? Nos alejamos del centro y nos dijeron que era cerca del mexicantown, y estamos al otro lado de la ciudad. ¿Saben siquiera hacia dónde conducen? —interroga Rubén.

—For sure, we're going to one place you can never leave... —le

contesta en un tono burlón Billy, que cambia la música. Ahora suena un set de música electrónica.

—¡Sí! Iremos con el departamento de migración, ¡a ver si aún pueden decir que Norteamérica es México, assholes! —les grita Willy, el latino.

—You, put your hands close, where I can see the things you do —interviene Billie, el otro caucásico, mientras saca del pantalón su arma y la pone en el cuello de Rubén. Guimel recuerda que alguna vez Rubén le dio consejos sobre cómo golpear. Se acuerda ahora que va junto a la ventanilla. Del otro lado tiene a Rubén, que le respira muy cerca de la oreja y la pone nerviosa. Billy, el racista, está apuntando a su amante...

—Si alguna vez peleas...

—Yo nunca peleo.

—Pero si alguna vez te peleas...

—Si alguna vez me peleo...

—Cuando quieras dar un golpe, coloca tu dedo pulgar abrazando a los demás, golpearás mejor... —recuerda Guimel, que piensa en qué hará para salvarse.

—You, girl, take off your clothes, show us your titties...

Guimel instintivamente abre la puerta del vehículo, toma a Rubén del cuello de la camisa tan fuerte que logra arrebatárselo a Marvin,

y ambos se lanzan fuera del auto. Rubén y Guimel giran y giran entre piedrasy tierra hasta topar con un árbol pequeño. Se escucha un ruido fuerte, chillante, las llantas del automóvil hacen humo por el frenón. El auto regresa de reversa. Guimel y Rubén se ponen de pie y corren, están cerca del campo de golf Lochnoor.

—Toma, ¡busca en mi bolsa una servilleta! —ordena Guimel a Rubén, van corriendo por la oscuridad y ven las luces de los faros del automóvil que los persigue.

—¡Rápido, dame tu celular, necesito hacer una llamada! —Y Rubén se busca el celular, primero se tienta la pierna derecha; nada. Un mini infarto. ¿Lo perdió? Se revisa la bolsa izquierda, ahí está. Intenta llamar, el celular está apagado. Lo enciende, el celular tarda en funcionar. Siguen corriendo, ahora por la Mack Avenue.

—¡¡¡Heeeeeeeeeey, ustedes, par de ojetes cobardeees, vengan aquí!!! —les grita Willy, que dispara múltiples proyectiles sin alcanzar a herirlos. El celular encendió, Guimel marca un número, intenta comunicarse varias veces. No se consigue el enlace. Y al cuarto intento...

—*Wer ist auf der anderen seite?*

—*Deine schwester, ich bin in gefahr...*

—Mama Thompson me dio tu número y...

—Yo puedo ayudarte, si puedes pagar por ello.

—Sí, claro, pago por ello. Unos cerdos racistas nos persiguen, es-

tamos cerca de la avenida Mack, entrando al parque Ghesquiere. ¡Ven pronto, por favor!

—Espera un Maverick color oro cerca de la esquina de Mack y la calle Bramcaster, llegaré más pronto que agentes del Department of Homeland Security Immigration. Ambos cuelgan. Los desquiciados supremacistas se acercan; Guimel toma a Rubén de la mano y se esconden entre los árboles como si fueran ellos los delincuentes. Dos ancianos ven la escena desde su terraza, piensan que huyen tras haber robado a alguien.

—¡Cooooorrrrrreeee, Guimel, coorrreeee! Por eso no debes de fumar esa porquería, te hace leeeentaaaaaa. —Antes de llegar a Bromcaster, por en medio de los árboles, los hitlerianos aparecen. Detonan sus armas Willy y Billy, una esquirla le quema el brazo a Guimel.

—Scheisse! —grita, se tira al piso y Rubén con ella. El auto se pasa de largo. Justo antes de que desciendan y los ataquen, aparece el Maverick color oro. Luce como el cielo.

—¡Suban su inmigrante trasero si no quieren morir! —Grita un hombre que lleva una prótesisde brazo.

—¿A dónde vamos? —pregunta el sujeto. Debe tener 70 años, la comisura de los labios le hace parecer una marioneta perversa debido a lo grueso y profundo de su voz.

—Lejos, muy lejos. Al Detroit Institute of Arts, ¡Por favor deje atrás lo más rápido posible a los cerdos supremacistas! —Aunque

Ernest emprendió la fuga, apenas se subieron Guimel y Rubén, escuchan todavía los gritos y disparos. Los tres amigos no los persiguen ya, pero les siguen apuntando, sin acertar en sus tiros. Ernest conduce y los escritores jóvenes sienten que acaban de ser paridos de nuevo.

—Hemos llegado, esta vez el viaje será gratis. Nunca he soportado ver a un hermano en peligro —les dice Ernest al pedirles que desciendan de su auto. Guimel y Rubén se bajan del carro, agradecen, se besan. Empiezan a reconocer en el otro al amor, al amar. Ernest cierra la puerta que dejaron abierta, enciende el auto y emprende la marcha, otra vez. Observa a la pareja por el espejo retrovisor. Recuerda a su Celia, muerta como la economía local.

—Oye, ¿y tú crees que algún día Detroit volverá a ser una gran ciudad? —Guimel coloca sus brazos como serpientes enredadas en el cuello de él al preguntarle.

—Habrá de ser otra la ciudad, otros los obreros y más aún, otros los engranes: las células y los glóbulos. Pero Detroit sobrevivirá. Y estamos aquí para deshacer el infierno que encontramos, para rebautizarlo y hacer de él un paraíso. —Abrazándola, Rubén concluye—: Ven, Guimel, salgamos al mundo para darle una mordida a ese pan que apenas conocemos.

## EL RUIDO DE LA LLUVIA EN EL DESIERTO

---

«*Estos hijos son míos, estas riquezas son mías*». Así habla el insensato, y se atormenta. *La verdad es que uno no se pertenece a sí mismo. ¿Qué decir de los hijos? ¿Qué decir de las riquezas?*  
Dhammapada, V.

Kenzo murió oficialmente un martes 21 de abril a las 17 horas con 15 minutos. Desde la oficina del directivo, hasta la diminuta habitación destinada para la limpieza (donde Ramonase oculta para ver el televisor desde su celular), se escuchó la certera detonación. A Kenzo, desde su oficina en el undécimo piso, con vista panorámica a la ciudad, le fue imposible resistir otra hora más. Para las cuatro de la tarde deberíamos estar caminando erráticos, perímetros, por las calles, buscando un bar, alguna tienda donde gastar ese dinero que aún noganábamos. Sin embargo, con suerte, o jodidos, estábamos ahí; aún en la oficina y con un suicida. El personal, desde los directivos hasta Ramona, incrédulos veían los gelatinosos pedazos de cerebro esparcidos por las paredes. Nadie veía el cuerpo. Abajo, la ciudad sobrevivía al suicidio de uno de sus habitantes. Con su dramático color oscuro y su hedor, la sangre dibujaba junto a los trozos de cerebro una nebulosa. Arturo, vocero de Relaciones Públicas, incapaz de actuar se limitó a tomar fotografías. Varios ángulos. Varios filtros de luz. Diferentes perspectivas para lograr capturar la textura de aquel cerebro regado por la oficina. Las subió a su red personal en internet cuando hubo finalizado. *Ipsa facto*. El verraco sí que tenía reticencia. Pensé que era un comevergas cagasantos y me he equivocado.

El suicidio de Kenzo fue muy simple, la manera que eligió para suicidarse me hizo recordar al profesor argentino de la prepa, que cuando veíamos la literatura del romanticismo español nos contó sobre Mariano José de Larra. Desconozco si Kenzo sabía que se iba a suicidar como José de Larra. Honestamente dudo que lo haya sabido, no creo siquiera que lo hubiera leído. Kenzo se dio un tiro en la cabeza, frente al espejo, igual que Larra. Grandísimo ególatra. Lo único que quiso ver Kenzo antes de morir, como Larra, fue cómo se iba extinguendo la luz en su mirada. Ni para morir trató de ser original. Los directivos ordenaron a Ramona cubrir el cuerpo mientras arribaba al lugar el forense, quien recogería el cadáver. Arturo y yo ayudamos a Ramona, envolvimos a Kenzo en una lona usada para una presentación publicitaria, con cinta transparente lo atamos fuerte, muy ajustado, para que no se volviera a dar otro tiro. Lo vimos así, hecho un cigarro, un bulto. Ya no era un humano.

Las películas de Hollywood y la televisión nos han mostrado que, al meterse un tiro en la cabeza, cuando el o la sujeto en cuestión acciona el arma, la bala sale cual bólido a perforar el cráneo, saliendo invicta y sin mácula. No es así. El cráneo explota. Queda a veces la mandíbula intacta del suicida. Kenzo se quedó con el cráneo a medias, con un fragmento de mandíbula. Los forenses llegaron cerca de las 4:50 de la tarde, recogieron los restos del cerebro esparcido en el piso, metieron el bulto en una bolsa negra. Fue todo. El director ejecutivo de la compañía daba órdenes. Nos instruyó para el transporte y el destino del cadáver. Eran las 5:18 cuando pudimos salir a la calle.

La semana anterior al suicidio, había recién leído la noticia de la expropiación del último camposanto de la ciudad. Data de co-

mienzos del siglo XX y cedía su lugar en la historia para convertirse en un complejo de departamentos residenciales. Albergarían a

setecientas veinte familias en 30 pisos, cada piso con 24 departamentos de lujo. Aquello sería el segundo edificio más alto de la ciudad. Se suponía aquel conjunto de departamentos residenciales como un monumento al triunfo sobre Tánatos. De hecho, la noche que yo había firmado contrato indefinido con la compañía, los edificios me parecían mausoleos, sepulcros gigantes. He de decir que acepté el trabajo, ante todo, por la presión. Luego de haber firmado el contrato, Kenzo sugirió ir a un bar para festejar mi oportuna inserción en el prestigioso mundo de la iniciativa privada. Tengo pocos amigos, así que dije que sí. Subimos al McLaren de Kenzo y anduvimos a doscientos ochenta kilómetros por hora por el *freeway* con dirección al distrito uno.

—La noche es de los jóvenes —dijo Kenzo.

En el auto, que avanzaba velozmente, Kenzo nos repetía su edad: 25 años y ya era el dueño del mundo. El estéreo del Mercedes provocaba que los cristales del auto vibrasen, y mis anteojos también. El sonido era increíble, los Arctic Monkeys jamás habían cantado, de hecho, tan bien. Ya en el bar, una especie de recinto para los suicidas, me dediqué a inspeccionar con minucia el decorado del lugar. Los consabidos posters de James Dean, Hendrix, Joplin, Jim Morrison, Cobain, Winehouse, etc. Kenzo no perdió la oportunidad de mostrar las cartas que le había proporcionado la vida. Se quitó el *blazer Hackett*, arreglándose los gemelos *Salvatore Ferragamo* y, guardando sus gafas de sol *Bottega Veneta*, parecía que elaboraba un formulario para saber nuestro estatus social. Por otro lado, Arturo esgrimió con poca convicción que Jesús es la solución a todos los problemas humanos.

—¡Somos problemas hechos a partir de las necesidades que nos impone nuestro enfermizo ego! —dijo con exaltación. Y yo sorbí con dedicación mi *bullet summer breeze*—. ¡Es la pregunta y la respuesta! —seguía frenético diciendo—. La única forma de encontrar la felicidad, es Jesús —continuaba Arturo.

A causa del alcohol, Arturo no sabía que gritaba. Creía que su tono de voz era normal.

Los parroquianos de las mesas de ambos lados nos examinaron. Después de afirmarse superiores, le dieron un grato y estimulante trago a su bebida. Ellos bebían *Autumn Sweater*, que es whiskey con vermut, campari, champaña y caviar de vainilla. Los ingredientes se vierten en un vaso mezclador, y se le agrega hielo mientras se cuele en una copa para champaña. La copa se escarchea con caviar de vainilla y se rellena constantemente con champaña. Las burbujas, era claro, invadían el cerebro de aquellos atorrantes. Yo estaba más cansado que ebrio. No tengo muchos amigos así que decidí quedarme.

—¡Tienes que entregar tu vida a Cristo! —gritó Arturo, y un chorro de cerveza se escapó de su boca.

Yo di un trago a mi *bullet summer breeze* y respondí:

—¡Entrega tu vida al crimen organizado, a ver si así te la organizan! —Kenzo y Arturo reían. Los asistentes de la mesa de la derecha confirmaron su evidente más elevado estatus. Escuché un brindis en francés: *Pur les idiots, et pur les fêtes*, y brindaron todos bebiendo champaña, tragándose las burbujas y su mierda arribista.

Kenzo habló de sí mismo aquella noche. Nos recordó que a sus 25 años era ya el ejecutivo del área de comunicación, relaciones públicas y prensa. Pedimos otra ronda de tragos. «¡Eeeeeeeey, servicio!» dijo Kenzo e hizo un ademán con la mano de niño rico, de farfinflon. Arturo pidió más cerveza, Kenzo pidió *Gleneagles old fashioned*, que es *Johnnie blue label* con chocolate, miel y vainilla. El tipo era adicto al azúcar, diabético en potencia. Decidí, por mi parte, ordenar *Perrier París*, que es angostura con whiskey, jengibre y *Perrier*, obviamente. Me quité el saco *Massimo Alba*. «A la mierda con la moda», dije, y seguí quitándome la camisa *Ben Sherman*, a la mierda también *Ferragamo*. Escupí en mi pañuelo *Alexander Olch*, lo hice una diminuta bola y lo arrojé abajo de la mesa. Me quedé enplayera interior. Me sentía como yo mismo. Durante el tiempo que esperamos los nuevos tragos, Kenzo nos recordó su edad cinco veces más: 25, 25, 25, 25, 25... También se tomó la libertad de investigar sobre nuestras formaciones académicas.

—¿Por qué? —respondió primero Arturo.

Y Kenzo nos preguntaba aquello para comprobar que sus padres habían tomado mejores decisiones, que habían sido mejores padres —aunque también se habían suicidado al cumplir 60—, para tener claro que habían invertido en él. Kenzo egresó de una reconocida universidad privada. Como buen niño plutócrata, se dedicaba a sobornar maestros para tener excelentes calificaciones. Por su aspecto, por su semblante, creo que se sentía orgulloso y complacido de ser así. Yo no sé qué es eso, soy egresado de una universidad pública. En esta cuestión, Arturo le dio satisfacción a Kenzo cuando respondió que él estudió primero con los jesuitas, en Nuevo León. Después, el nivel medio superior en el extranjero, en un *college preparatory*. Arturo regresó para graduarse con mención *cum laude* en literatura

francesa por la UNAM y después hizo un máster en la Complutense de España. Como aún no habían llegado nuestros tragos a la mesa, yo mordía una servilleta. Dicen que el papel absorbe el aliento alcohólico. Yo hacía como que no escuchaba en lo absoluto. Kenzo preguntaba por mis estudios. Tengo pocos amigos y no quise responder. Arturo, tan buen amigo, lo hizo por mí:

—Mercadólogo, egresado del Tec de Milenio, con mención *por papis* —ironizó, y me reconfortó saber que bromeaba conmigo, burlándonos de Kenzo. Y él, que no sabía que se trataba de burlarnos precisamente de él, reía con nosotros. Cuando llegaron nuestros tragos, Kenzo propuso un brindis:

—Por mí, por estar en la cima del mundo antes de los 25. ¡Por la juventud y la lozanía eternas, salut, mes amis! —Y vi a Kenzo haciendo un saludo en clave para los exitosos de la mesa de junto, los mismos que antes nos juzgaron inferiores, pero Arturo y yo, a nuestros 30 y 32 años respectivamente, poco podíamos celebrar la juventud: esa cosa que se declara perdida a los 25, precisamente. Arturo y yo estábamos, estamos quiero decir, congelados en nuestros puestos de trabajo. Un día puede llegar el jefe y sin más nos dirá: «Han sido empleados distinguidos, su trabajo y compromiso hacia esta empresa dejan raíz entre el personal. Desafortunadamente hay recortes en la plantilla laboral y bueno, aquí tienen un regalo: un bolígrafo edición especial. Es su liquidación. Muchas gracias, Arturo y Nicolás...». Así despidieron a Julia, la recepcionista. Estaba embarazada. Brindamos amargamente con Kenzo; Arturo, triunfador económico pero fracasado sexual; yo, fracasado económico y fracasado sexual; Kenzo, triunfador de triunfadores en este siglo de aluminio en el cual vivimos. Y no, no trato de demoler las bases

del imperio de la decadencia. Estoy muy lejos de negar el poder; la fuerza de lo sexual. No es tampoco que niegue ser un triunfador. Es que se trata de ser un triunfador, o volarse los sesos en el intento de conseguirlo. La sexualidad, como el dinero, representa un sistema de jerarquización, tan necesario en las sociedades evolucionadas. Kenzo lo sabía. Luego de otros tragos, nos marchamos de aquel bar. ¿Cuál era el nombre?, no lo sé. Debió llamarse algo así como «La esquina de los sexualmente triunfadores y moralmente decadentes», o algo así. Partimos de aquel lugar a las dos y veinte de la mañana. Aquella noche, mientras desalojábamos el bar, Kenzo, tres pasos delante de nosotros, se fue con la idea de ser un triunfador. Se fue con la cabeza muy erguida cuando se dijo a sí mismo que era el mejor. Nos hizo un saludo, como de nazi, mientras abordaba su auto.

—Adiós, cretinos. ¡Nos vemos en la oficina! —nos dijo y subió al McLaren. Nos vio a través del retrovisor, encendió un cigarrillo, se sintió un exitoso, atractivo e independiente hombre. Metió a fondo el acelerador, los neumáticos quemaron el pavimento de la calle. Dejó huellas de su acelerado recorrido en todo el camino hasta llegar a su lujoso, carísimo departamento diseñado exprofeso, según él, por Alberto Kalach. Sobreviví a Kenzo esa noche. En la oficina no sosteníamos ninguna clase de contacto a excepción de los asuntos imprescindibles del trabajo. Ni siquiera nos veíamos. Trabajábamos en pisos diferentes. Arturo y Kenzo sí convivían. Al oír el disparo, Arturo se arrojó al piso, hecho una rosca, imitando a un armadillo, pedía a Dios por su vida. ¿Y el cuerpo de Kenzo? Contrario a lo que hizo mientras estaba vivo, contrario a sus pláticas, el funeral de Kenzo fue breve, sencillo. Todo el acto duró apenas unos 15 minutos. Se ahorra mucho tiempo cuando el occiso y los deudos son ateos. Apenas pude pensar en cómo lo conocí, y ya se fue para

siempre. Ha terminado el funeral, son las tres de la tarde con veinte minutos. Ahora camino junto a Arturo rumbo a la oficina, camino torpemente, pienso y sigo mi soliloquio. Tenemos que llegar a la oficina antes de las cuatro, hemos salido a las dos y media de la tarde «a comer», con ese pretexto nos justificamos para asistir al funeral de nuestro cretino conocido. El cielo, nubladísimo, se desliza pesadamente sobre nuestras cabezas:

—¿Has pensado en dónde quieres que arrojen tu follado culo cuando cuelgues los tenis, Arturo? ¿Has hecho algún plan postmortem para alguno de tus doscientos huesos?

Pero Arturo, niño bien, no me ha entendido.

—¿Y qué es lo que se supone que cuelgue para que arrojen mi culo por allí, Nicolás? —me responde.

—Ya sabes, cuando mueras... ¿Qué quisieras que le pasara a tu cadáver? Yo he pensado en donar todo: órganos, tejidos, huesos, todo. Un entierro espiritual. Mejor eso a que se pudra allá abajo, ¿no? —le digo para animarlo a contestarme.

—Yo quiero un mausoleo, algo ostentoso. Algo bien hecho, una tumba de cantera, como los trabajos de Benigno Montoya. ¿Un entierro espiritual, Nico? ¿Quieres que te coman las aves de rapiña y que trituren tus huesos para hacer harina? La retórica de la muerte no te va, Nico. Escúchame, no te hagas del culito parado, porque ya te cuelga. Y si quieres ponerte ontológico, Nicolás, pues ponte, pero no me embarres con esa diarrea mental. Si te soy sincero creo que TODOS debemos terminar en el pozo de los sin nombre, como

Kenzo. Escupiré sobre tu tumba, si la llegas a tener, Nico.

—¿Escupirás sobre mi tumba? ¿No es esa una novela de Boris Vian? No quiero tumba, Arturo, quiero otra cosa... Explotar, escribir y morirme de un ataque cardíaco viendo unamala película sobre un buen libro que haya escrito, como Boris. Te referías a él, ¿no?

—Quizá. Lo he olvidado. Tal vez era el título de una novela de Bukowsky.

—¿Y no te parece que ya estamos muertos, Arturo? Somos unos cadáveres que respiran. Somos muertos, pero con historial crediticio. Dime algo: ¿no te parece la compañíauna fosa común, un pozo lleno de sin nombres? Piénsalo, para este sistema enloquecido todos los humanos somos sustituibles. Vamos caminando por las calles de la ciudad. Todavía falta bastante para la oficina. Arturo fija su atención en las nubes rojizas. Evade la conversación. Piensa en el cielo como un estómago desgarrado vaciándose sobre la tierra y tiñéndola desde las alturas.

—Pero, Nico, todo eso que te causa espanto, eso que te hace sentir vacío, es la causa de nuestro éxito. Por eso tenemos un buen coche. Un hermoso departamento. El mío mejor que el tuyo, claro. Y en una mejor zona, obvio. ¡Entonces qué importa!, somos exitosos. Esa es nuestra droga: el éxito, no el éxtasis —agrega con seguridad y añade—: Tengo un buen empleo y soy altamente feliz, no necesito el reconocimiento, sino la paga. —Arturo lo repite hasta la inconsciencia—: Tengo un buen empleo y soy altamente feliz, tengo un buen empleo y soy altamente feliz, tengo un buen empleo y soy altamente feliz... Tengo un buen empleo y soy altamente feliz...

Arturo ha hecho de aquella oración un mantra de poder, pero yo siento un extraño frío, un ardor. Lo interrumpo:

—¿Sientes eso, Arturo?

Arturo se asfixia, arden sus pulmones. El agua que cae sobre esta ciudad a veces se seca antes de caer, esta ciudad que es un purgatorio para llegar a algo más limpio, algo más puro, más alto. El agua, cuando cae aquí, parece que llueve agua caliente. Hace calor, el viento se ausenta, se siente el sofocamiento. La boca trabada de Arturo no puede responder.

—¿Lo sientes, Arturo?

Arturo se frota los brazos. Le quema la lluvia. Desea sentir el fuego del apocalipsis, así que se queda bajo la lluvia. Yo corro a buscar protección, me resguardo bajo el tejado de la puerta principal de un edificio tipo art nouveau. Lluve cada vez con mayor fuerza. Arturo, con una extraña pericia se quita el blazer, se arranca la corbata, la camisa, la playera interior, el pantalón, el suspensorio. ¿Por qué Arturo usa suspensorio bajo el traje? Se retuerce en un charco, hace la posición del perrito. Eleva su pequeño y huesudo trasero al cielo. El ano directo a las nubes para que las gotas caigan en aquel seco agujero. Arturo, como yo, ya no es joven, así que la gente lo mira con patetismo y vergüenza. Va a morir, no pasa nada. Sus gritos se funden con el estrépito de la ciudad.

—¡Perfecto! —grito mientras observo cómo Arturo juega en la lluvia ácida—. ¡Otra vez lluvia ácida! —me lamento en voz alta. Lluvia justo hoy, a esta hora. Todavía a quince cuadras de llegar a la oficina. He perdido el bono de puntualidad de esta quincena. Me duele la piel, me arden las fosas nasales, mis ojos lloran. La sensa-

ción de fracaso es imponderable y absoluta. Dentro de dos semanas cumpliré treinta y nueve. No hay ya posibilidad de unirme con el todo. También fracasé ontológicamente. Son ya las 3:58 p. m.; tengo pocos amigos y no abandonaré a Arturo.

## PÁJARO EN MANO

---

*A Lola Beltrán y Lucha Villa; porque no hay, ni habrá mejor lucha.*

Las vio por primera vez a los 12, o quizá 13. El vello púbico comenzaba a brotar. Las vio un domingo, y muchos otros, por la televisión. Eran bellísimas. Un poco flacas, se les notaban bastante los huesos, y solo por eso eran hermosas. Entrelazadas una a la otra. Así, como un par de anguilas bajo el agua, enredándose entre ellas. Y a decir de él mismo: «Ya no pude dejar de pensar con obstinación en ellas». Y es que Roberto no pudo dejar de recrear en la memoria (que es el reproductor más fiel) la danza de aquel hermoso par de manos. El mediocre programa y el cuasipedófilo presentador no importaban.

Pablo Roberto se sentaba con los brazos cruzados, con las manos bajo las axilas, sintiendo el calorcillo emanado de su cuerpecillo de rana impúber cada domingo en casa de la madre de su madre, para ver el programa en el cual salían las manos. Cada domingo era igual: saludar a la abuela, saludar a los tíos, acariciar ejércitos de gatos castrados y chillones, además de recibir caricias, y claro, responder sosas preguntas y ser condescendiente: «*Mirá cómo estás de goso, Pablito; esos cachetes. Pablito, vení; contale al viejo cómo recitaste en el colegio los versos del Martín Fierro. ¡Andá acá, gauchito! Mejor aún, parvulito, vení y recitá para el abuelo. ¡Pablillo, vení, vení, que el abuelo no llega a tu graduación de la universidad!*»

La abuela Cruz, que vivía en el barrio de San Telmo, bien cerca del parque Lezama. Carmen, la abuela, les recibía con el mandil

puesto. La abuela se pasaba la vida entre rosarios, guisos y tejer cobijas para los pobres, ajena a lo demás. Pablo se tiraba con regocijo barriga al suelo en la alfombra, para después encender el televisor. La abuela protegía a su televisor como a su perdida virginidad, en él ella había visto el primer discurso televisado en Argentina y le presumía a su vasta descendencia: *Evita salió, como casi siempre, el 17 de octubre, porque era nuestro día con ella, y yo la veía a través del aparato y le gritaba: ¡Evita, Evita, no te mueras, la Argentina te necesita, aguante, Evita! Pero Evita se veía tan pequeña, frágil y moribunda. Yo pensaba que casi no estaba enferma, aunque la muerte se le escurriera del rostro, contaba la abuela. A Pablo eso le aburría, lo que quería era, con la más pura concentración, sintonizar el canal 7. La abuela decía que el canal 7 había sido el primer canal en toda Argentina en transmitir a color (aunque el televisor de la abuela fuera a blanco y negro).*

Si algo valía la pena en aquel tétrico caserón era precisamente, y de forma superficial, el televisor: ventana a otros países. Pablo había visto alguna vez que existía un país llamado Mongolia. Y los habitantes de aquel lugar eran mongoles, según el gentilicio. También había visto que en algún lugar del mundo existía un país llamado Siberia, la gente moría de hambre entre la nieve en aquel país, pero a Pablo le hacía pensar en un país de Tigres, Tigeria, y lo imaginaba como un feliz destino turístico. Una noche de 1969, más exactamente una noche de julio, le platicaron que un 21 de julio se pudo ver «en vivo» los primeros pasos (errantes) del hombre sobre la luna. Aquella noche, la abuela había insultado a los Estados Unidos en la sala alarmando a los tíos: *¡Malditos Yankees, imperialistas! ¿Cómo se atreven a ir a la luna y mancillarla? ¡Es la tierra y el reino de los poetas, es una invasión!*

Para Pablo, el televisor, en su infinita capacidad de simular, era un mundo por sí solo. Un mundo para engañar a través del sentido de la vista. Aquel aparatejo electrónico, con el nombre francés escrito a un lado: *Du mont*, tosco y recubierto de una especie de delgadalaminilla de madera comprimida, de pantalla bulbosa, era casi como el cielo. La televisión servía a un mismo tiempo de expiatorio y confesionario privado. Y como en el confesionario, a oscuras, con el miedo de ser descubierto mirando a la caja idiota, en la más absoluta y falsaintimidad de la sala de estar, Pablo se sentaba en silencio a esperar. Se sentaba cerca, muy cerca, aún más cerca del televisor. Algo muy parecido a la cueva de Platón: la televisión sonsombras a color y en alta definición, con la diferencia de que no son sombras, sino imágenes codificadas, enviadas a un satélite y retransmitidas en un televisor.

Es decir, niebla entre los ojos antes de ser sombra proyectada. Sin embargo, la movilidad, la rapidez, la posibilidad de ver en vivo (¡en vivo!) a otro ser desde la sala de la abuela en Buenos Aires, a pesar de estar separados por miles de kilómetros, el ver aquellas manos, creando y destruyendo mundos en su cabeza, lo mismo que un dios: ¡Qué maravilla! Una hora, dos horas, tres horas, cuatro horas, un día frente al televisor. Un domingo frente a la caja imbécil. Casi todos los domingos. Muchos otros domingos, casi siempre, los domingos. Y casi siempre, aquellas manos rasgando el aire, manos para su afiebrada frente, manos para besar, manos para contemplar. Manos yendo y viniendo de la impúber pija de Pablo. Manos como alas bajo el escroto; manos para la masturbación del mancebo.

Pablo en esos momentos, siendo un niño aún, sentía la luz que en la frente se enciende y deja cicatriz, la cicatriz del deseo. La abue-

la, o el tío Manuel, o Matías o la prima Lore, o cualquier otro ortodoxo de la casa se divertían viendo su pueril e inofensiva erección bajo los pantaloncillos: *¡Vos, pibe, regresá a la tierra, marmota! Dejate de ser un abatado con la argolluda esa, no querrás un taco de manos de cerdita, ¿eh? ¿Qué le mirás vos a la abuela esa, eh, pija loca?* Pablo, el adulto, se hunde en el recuerdo. Se le pierde el rostro entre el reflejo del cristal y la melena rojiza. Se acuerda que viaja de incógnito. Se acuerda que trata de mantener un bajo perfil. Lleva puesta la remera del Boca, su favorita. Luce como un buen civil, el tipo de sujeto que uno piensa que viaja para visitar a algún familiar de la provincia.

Junto a Pablo Tsergas viaja un individuo que respira con dificultad, como si con cada inhalación de oxígeno le diesen un puñetazo en el diafragma y quedara sofocado. A Tsergasle pone nervioso la respiración jodida de su compañero y con prontitud se lleva al pecho una cajilla de madera no más grande que una maleta de mano. Siente una especie de alivio al hacerlo. La sostiene contra el pecho. La olfatea y asocia el olor de la caja con cabrito asado. Se tranquiliza a pesar de sentir la respiración forzada del hombre enseguida de él. *Es más perturbador su olor, piensa Pablo. ¿Vos te acordás por qué estás aquí, troló? ¿Vos te acordás? Andate, ve a cantarle tangos a Gardel, Pablito. Estás acá, chorrudo, lejos de Buenos Aires. Lejos del Plata. Acordate, Pablo, ya no vivís en Buenos Aires, ya no estás en San Telmo. Te metés a la cueva del lobo, Pablo. Al lobo venís, troló,* se dice a sí mismo.

El compañero de Pablo continúa dificultosamente respirando. Cada vez que inhala o exhala, se produce el inquietante sonido. Va aumentando en intensidad.

*¿Aprendés algo de esto, Pablo?,* piensa para sí. Y se dice de nuevo: *Recordá, opa, recordá. Recordá las manos. Esas manos zurciendo el aire al éter. Manos que actuaban mejor que el propio cuerpo y respondían a la voz. ¡Qué*

voz! ¡Qué manos! Pablo Tsergas recuerda. Pablo recrea. Reconstruye en su memoria y se le frunce el entrecejo. Sonríe levemente. Se pregunta, como a los 13, ¿cuántos hombres habrán llenado de placer esas manos? ¿A cuántos penes habrán estimulado? ¿A cuántos les habrán masturbado hasta agotar la totalidad de sus fluidos? ¿A cuántas bocas habrían dejado besarlas? No importaba cuántos, eran hermosas y podrían haber sido las de la más lujuriosa meretriz de Roma y no importaría. Eran hermosas. Eran una paloma de 10 bellísimos dedos con sus uñitas en pico, de piel morena. Manos hermosas y morochas. Y las uñas, de tan perfectas, de tan bien cortaditas, se ceñían en aquella rara cabeza de las manos que eran sus dedos pulgares.

Y Roberto, obsesivo, se pregunta lo mismo siempre: *¿Cuántas frentes habrán reconfortado? ¿A cuántas vaginas habrían masturbado? ¿A cuántos les habrán hecho morir por tres o cuatro segundos sujetándolos con fuerza entre esas manos?* Tsergas aparta la caja de su pecho haciendo un gesto de repugnancia, como si oliese un baño comunal. Vuelve a pensar: *¿Cuántos pechos reconfortados? ¿Cuántas bocas habrán besado esas manos? Manos de nube, de algodón, de pluma y mercurio.* El compañero de Tsergas emite cada vez más sonidos. Se vuelven más alarmantes, agonizantes. Pablo, ya tan acostumbrado a fingir, y a que todos mientan, parece no alterarse. Ha logrado tranquilizarse, sujeta con fuerza la caja. Siempre se ha sentido seguro: a salvo. La genética le proporcionó lo necesario para, digamos, creerse o saberse atractivo. Porque rubio ojiverde, fornido, con cabello aún a sus más de 50 años, además de esto, está seguro de sí porque tiene una poronga más grande que el de sus congéneres. Y, ante todo, por tener la ambición y el odio desmedidos; los motores de la sociedad, de toda civilización desde Mesopotamia. El odio lo había adquirido en prisión, cuando

estuvo por disoluto. El odio era lo que hacía fluir de oxígeno el sistema circulatorio de Pablo. Sangre agolpada en las dos cabezas. ¿Y la ambición? De hecho, por eso viaja.

Durante la mayor parte del viaje Pablo ha ido con los ojos cerrados, meditabundo, sin inmutarse por lo que sucede o no sucede. Sólo ahora repara en que ha visto poco del viaje através del cristal mantecoso del autobús. Ahora viaja hacia Estados Unidos, cruzando por Culiacán antes de llegar a la frontera. Por la ventana escruta el paisaje, a lo lejos percibe el cimborrio de una cúpula. Muchas cúpulas. Parecen cientos de iglesias. *Pareciera una especie de La Recoleta, no tan sobria, pero sí en lo formidable de crear una necrópolis. ¿Acá habrá alguna Rufina Cambaceres también?*, se pregunta Pablo, pensando en la catalepsia. Escribe con sus dedos en el cristal mantecoso: «*Que muero porque no muero*». Las iglesias que ve son en realidad un cementerio: el Jardines de Humaya. A la cabeza de Pablo llega una imagen, una comparación, mejor: la iglesia Ortodoxa de la Santísima Trinidad en San Telmo, con sus cúpulas azules y acebolladas. Evoca la imagen de las cruces sobre las lunas, y a las lunas sobre lo alto de las cúpulas. Él, Pablo, es xenófilo.

¿Por qué bajo *las cruces de la iglesia del barrio hay lunas?*, había preguntado Pablo a su abuela cuando ésta le visitaba durante su estadía en la prisión. *Simboliza el triunfo del cristianismo sobre el islam, Pablico. Andate, pibe, ¿ya lo habés olvidado?*, le decía la abuela. *Té traje un tanto de cabrito asado, y mate, porque la vida sin mate no es vida. También torta de manzana. La que tanto adorás, nene. Té la comés todita, eh. La podés compartir, si querés...*

Pablo Roberto había estado preso durante el último periodo de

la dictadura durante los ochenta. Había tenido suerte, a él no le secuestraron, ni fue desaparecido. Tuvo muchísima suerte de ser consignado en una manifestación y ser declarado culpable del delito de sedición el mismo día. Tuvo, como digo, mucha suerte de no ser secuestrado, de no ser torturado hasta la inconsciencia y arrojado al río Plata, encadenado para que no pudiese nadar. Tuvo suerte de no haber sido mujer, de que no lo violaran, embarazaran y luego le quitaran el hijo. A él lo condenaron a 20 años en prisión, que no llegaron a cumplirse. Pablo no leía, no se ejercitaba, ni siquiera hablaba en la cárcel. Los demás internos llegaron a pensar que era autista, porque pasaba las horas entre recuerdos y puñetas. Sólo eso. Pensando en aquellas manos masajeándole el escroto. Sacándole punta al sedoso glande. Pablo se pasaba las horas y los días haciéndose la manuela, viendo al techo, a su compañero de celda, a la pared, a su mano repleta de hilillos blancuzcos y alimentándose eternamente de un olor a mayonesa.

¡La luna bajo la cruz!, grita Pablo, invadido por el recuerdo. No había emitido sonido desde que abordó en El Rosario. Las palabras no fueron gritadas, las vomitó. *Eh, tú, pendejo... ¿Ah, no oyes? Mira, cabrón, si vuelves a gritar como puta, te reviento el culo a patadas, ¿entendiste?*

Le dice el jadeante y obeso compañero de asiento. Acá hace mucho calor y Pablo no sabe si el gordo se ha quejado o le ha preguntado algo, así que mejor lo ignora. Incorporándose del asiento camina, tambaleándose, hacia el baño del autobús.

Entra, baja la tapa del retrete y pone su pálida pavita en el escusado. Se masturbó al terminar de excretar. Pensó, mientras cagaba, en su antigua celda. Demasiado parecida al autobús, pensó. Ambos

oscuros y malolientes, viejos, ruinosos. De antaño. Un sueño mezclado con lo real. En el camión (así les llaman acá a los autobuses), como en la cárcel, los otros, los demás, el chofer, los pasajeros, los guanacos, todos espían. Te espían. Te gozan. Si te atrapan, aprendés a mentir. A ser otro. Te tragas todico el odio del mundo y ¡bum!, por entre las venas sólo veneno y deseos personales. Los choferes o los guanacos, acá guardias, se la pasan de poca madre carcajeándose de lo caliente que puede ponerse uno, reflexiona para sí Pablo mientras se limpia la cagada de entre las secas nalgas. Allá en la cárcel, Pablo únicamente sabía de pijas y muñecas. Muñeca tras muñeca.

Pablo salió del baño con sendas cabezas despejadas. Cuando abrió la puerta, una mujer de 53 años que viajaba con su esposo se tapó la nariz. *Pelotuda, gordinflona*, pensó Pablo al dirigirse a su asiento. Ya sentado, Pablo suda y pierde el rostro, o lo intenta al observar por la ventana. Mira y recuerda, y canta una vieja canción: *El mundo ha sido y fue una porquería ya lo sé, en el 503, y en el 2000 también... Pero que el siglo veinte es un despliegue de maldad, insolente, ya no hay quien lo niegue*. Pablo Robertico se lleva las manos a la frente para limpiarse el sudor.

Pablo observa por la ventana los múltiples rostros de los campesinos. *Acá estos charrucos parecen paisanos. Abunda el genotipo rubio, de piel enrojecida por el sol. Allá son gauchos, aquí son rancheros o vaqueros. El desierto de acá se parece en algún sentido a la pampa. Extensa, agreste, brava.*

A Pablico le motivaba lo mismo que a todos: la ambición. Después de que la democracia regresara a Argentina, (¿regresó en verdad?) le dio por viajar. Podía hacerlo, al fin, luego de estar en cautiverio por casi 10 años. ¿Y qué hacer con la vida y la libertad? ¿Conocer las manos? Ir a un concierto de aquella mujer y decirle: *Vos, damita,*

*no sabe quién soy, pero le juro por mi vieja, que un millón de horas he pensado en vos, en la gracia de sus manos.*

Pero las manos, la voz y ella, esa cantante originaria del país del tequila, ya estaban muertas. Muerta como Evita. Tal vez más. Por eso, Pablico, casi gaucho, peronista del siglo XXI, timbrero, el clásico puntero que evitas mirar de frente en la calle, decidió viajar hasta Sinaloa. Un rayeta como pocos. Y bueno, muerta su adoración, sólo quedaba rescatar los huesos de sus manos y tal vez ir a un concierto de la otra, que también movía las manos, pero tenía voz gruesa, y Pablo siempre creyó que no era mujer, que era un hombre travestido, porque decía Pablo que ninguna mujer puede tener la voz tan ronca y gruesa como Lucha Villa. Investigó un poco y ella aún no había muerto. Ni modo, tendría que quedarse sólo con las manos de Lola, aunque estuvieran muertas y podridas. Con la ayuda, mejor dicho, con el pago a unos locales de El Rosario logró remover el monumento fúnebre que cubría la tumbade aquella cantante. ¿La iglesia? Nuestra Señora del Rosario.

Remover el monumento de cantera rosada, tan pesado, tan protegido y custodiado por los canas fue resuelto por Pablo cuando dijo: *mexicanizar a los mexicanos*. Y sobornó a los guardias de la Plaza de Armas, al sacerdote de la iglesia, al monaguillo y a los primos mayores del monaguillo, que fueron quienes escarbaron en la tumba. Le dio tres mil pesos a cada uno de los muchachos. Al sacerdote seis mil, porque estaba más cerca de Dios. Cuando al fin la loza cedió y ya bien abajo, bien revuelta, de la tierra brotó el fruto: el ataúd. A Roberto le sacudió una descarga eléctrica. Cuando despegaron al fin de la tierra el oxidado ataúd, brotó el cuerpo de aquella otrera seductora. Al tercer golpe con un cincel cedió la cerradura y un leve

olor a jacintos llegó a la nariz de los nerviosos sepultureros inexpertos. En ese momento, Pablo pensó en Perón. No en el regordete general Juan Domingo, no; en Evita pensó, claro. ¿Sería capaz él de mutilar a un muerto de tal forma? ¿Podría despojar al que ya no tiene nada de la poca dignidad que le ha dejado la muerte? ¿Haría él lo mismo que hicieron con el ídolo de su abuela? Entonces recordó también las horribles fotos de los pies de la fallida estrella de cine, llenos de brea; las fotos de la nariz fracturada a golpes; los senos de Evita, pequeños, discretos, blancos y supremamente heridos. Los pezones arrancados. Las manchas de semen seco sobre las vestiduras. Al momento de levantar la tapa del ataúd, y luego de oler los jacintos, nada fue sorprendente. Nada excepto el hecho de que ambas manos conservaban la piel blanquísima y suave, tibia y flexible para el desconcierto de los presentes. Más abajo, en lo que había sido su vientre, un hueco albergaba una metrópoli hirviente de gusanos, el proceso de descomposición aún no terminaba.

¡Glorioso destino el *de aquellas manos, es un milagro de Nuestra Señora del Rosario!*, gritó el párroco. Los hombres junto al monaguillo y sus primos se hicieron cruces por todo el cuerpo, como para ahuyentarse a Dios, para librarse de sus castigos. Celestial coreografía.

*Que me acerques la sierra gigli, ¡andate, a rolete, pibe!*, dijo Pablo señalando a su caja de madera. El insubordinado monaguillo le dio la sierra y el sacerdote, lejos del milagro, contaba los billetes, persiguiéndose frente a la virgen. *Perdóname, Lolita, te voy a achurar las manitas un poquito. ¿Verdá que no te molestás?*, le dijo él a Lola. Y un apenas perceptible gotear de fluidos surgió de las manos, mientras las de Pablo se humedecieron de sangre. Terminada la labor de amputación, dio la sierra gigli al monaguillo y guardó las manos en su caja

de madera. Ordenó palear la tierra. No se preocupó por cerrar de nuevo el ataúd, pero los hombres, supersticiosos y conocedores escuchaban un canto: *De allá del mar vendrás, golondrina presumida, golondrina consentida, preferida de este amor... De allá del mar vendrás.* Y a cada pala con tierra, mayor era el eco en los oídos. *La grandota canta bajo las rocas. Necesita sus manos,* dijeron a Pablo, arrepentidos de ayudarlo. La vergüenza le había ganado a la necesidad.

*Esas manos estarán mejor en un museo. No el de aquí, claro está. En uno donde quienes asistan sepan reconocer la estética física de este par de joyas mexicanas. ¿Sabías vos, que en la antigua Unión Soviética, hoy otra vez Rusia, a los obreros en las industrias del Estado comunista les hacían escuchar una y otra vez, hasta el límite de lo ridículo, una sola canción? ¿Sabes qué canción era? Y el hombre mayor, mientras echaba y echaba tierra con la pala, respondió: No. ¿Cielito lindo? ¿El mariachi loco? ¿La cucaracha? Ponía en su actividad la fuerza elemental de su existencia, como si hubiera nacido para estar allí en aquel momento: para palear y echar tierra. Echaba tierra más rápido que todos los demás. Quería irse. Y Pablo, con una carcajada, le contestó al hombre: No, no, no. ¡Qué burrero sos!, claro que no, pibito. Les hacían escuchar Cucurrucucú Paloma hasta el vómito, y los rusos que no entendían una pizca de mierda del español, creían que escuchaban a un ángel... Las piedras jamás, paloma, ¿qué van a saber de amores?... Paloma, ¡no lloooooores! Pablo movía las manos, agitándolas en el aire. Imitándola.*

Desde su asiento, en su seguridad, Pablo repasa las últimas quince horas de su vida. ¡*Vividas arolete, che!* De verdad se siente alegre. Ha triunfado. Al llegar a San Francisco podrá darse un buen baño, piensa, y luego dormir 27 horas seguidas. Ahora lo único que quiere, lo que anhela, es un mate con flor de naranjo, o jarabe de laurel

de cerezo. O tal vez agüita de tilo. Obromuro de potasio, u opio en almidón. O un mate muy caliente con un clonazepam. La mitad de una Tafil, media tabilla de Valium y sólo un trozo de Orfidal. La vigilia le parece otra cárcel. Para soportarlo, Pablo decide hacer contacto social. Girándose hacia su sudoroso acompañante, le pregunta: *Disculpa, ¿vos te encontrás bien? Mirá, lo que pasa es que me preocupas vos, wey.* Pablo aprendió esa palabra en El Rosario. Es como *che*, o *weón*, o *parce*, según sea la región. El sofocado hombre, sorprendido por el acento de su compañero, se desconcierta, piensa en preguntar por qué habla así, pero le falta el aliento. Se limita a musitar:

—El calor transforma a las personas.

—¿Sabés lo que te vendría de maravilla? ¡Un mate! —contesta Pablo Robertico.

—¿Un mate? ¿Qué? ¿Que a quién maté? ¿Qué chingados te importa? —Pablo clava sus ojos en la gorra de su interlocutor: lleva dibujada la imagen de Jesús Malverde en la gorra y recuerda al santo Gauchito Gil. Fija luego los ojos en el cuello de su acompañante y le gusta ver un San Judas Tadeo colgando de una cadena y verle en la nariz un poco de coca. Pablo se da cuenta de que acá nadie sabe qué es el mate.

—No a quién mataste, un mate. El mate es, es un tipo de refresco... Sí, eso es. —Miente, para responder y salvarse de la situación incómoda con su compañero de asiento. Pablo asume que el compañero ha quedado satisfecho con la respuesta porque se ha girado hasta quedar diametralmente opuesto a él. Le da la espalda. Suficiente interacción social. Pablo mira ahora por la ventanilla,

con una increíble tranquilidad de bestia. Al llegar a San Francisco, será cuestión de preparar el envío a Buenos Aires por medio de una paquetería confiable y listo, piensa Tsergas. Sigue impertérrito. A lo lejos, en la carretera, ve las torretas rojazules de la policía. Pablo distingue también la presencia de policías estatales, agentes de camino y gendarmes. Todavía a buena distancia del retén, Pablo coloca la caja de madera en el fondo de su maletín de mano. Cubre la caja con su ropa, con el cepillo dental y el dentífrico, el desodorante y un libro: *El gaucho insufrible*. Puros cueros. Al llegar el autobús a donde se encuentra el retén de fuerzas de seguridad, los pasajeros son invitados a descender amablemente por la fuerza, uno por uno.

Pablo y su maletín bajan. Casi vomitando, se recarga en un sauce. Contempla una palma, a lo lejos. Ya no se siente tan bien, espera su turno de revisión. Uno de los primos del monaguillo de la iglesia de El Rosario soñó con la mutilada y fue a echar a todos de cabeza, buscan con loca ansiedad las manos usurpadas.

—Nombre y procedencia. Es el turno de Pablo.

—Pablo Tsergas, 54 años. Mis abuelos fueron griegos...

Incrédulo ante lo que escucha, debido principalmente al acento, el agente fustiga otra vez a Pablo.

—Lugar en el cual abordó el autobús, nacionalidad y destino, por favor. La reelaboración de la interrogativa cambia la respuesta:

—Pablo Tsergas, 54 años, abordé en el Rosario, Sinaloa, viaje hacia Estados Unidos, just for vacation, Mr. Security. —Dice esta vez ser originario de Buenos Aires, no la colonia en la Ciudad de México, sino la ciudad, la capital de la Heroica Argentina—. Yo soy

porteño de cuna —agregó.

—¿Y qué hace un argentino tan cerca de las tentaciones de México? Es poco usual ver argentinos por acá. México se come a los extranjeros.

El sudor en la frente de Pablo escurre lentamente. Le entra a los ojos, arde. El corazón se le volvió una lata, que se comprime y cruje, cruje. Cracccckk, cracccck, cracccckk.

—Permítame su equipaje, señor Vergas.

—Sí, sí, mirá: mi apellido es Tser...

—Es mucho apellido pa' tan poca persona. Señor, coopere con la investigación. Es un retén de rutina. Lo normal, guarde silencio.

Samuel, el agente, despoja a Pablo de su tesorito, desliza sus cortos y gordos dedos por la cerradura de la maletilla. La abre. Arroja al suelo el desodorante, el libro (primero lo hojeó), cayó luego el cepillo de dientes, que al chocar con la superficie de la carretera rebotó levemente antes de quedar bajo un pequeño montón de ropa usada y sucia.

—Eso es lo único que poseo. Entrégueme mi maleta, esto es una violación a los derechos humanos. Yo, yo llamaré a mi abogado...

—¿Y lo va a llamar hasta Argentina desde esta carretera? —Sardónico, el hideputa reía y llevando de nuevo sus dedillos a la maleta extrajo la caja de madera del interior. Y así, a la luz del sol, la caja se veía de un color cetrino. El soldado, con el brillo en la mirada de quien presiente un gran descubrimiento, se sintió ávido de ver

el interior de la caja. En un acto soberano de dominio, le ordenó a Pablo abrirla.

—Ahora, tú, sostenla y destápala, con lentitud. Tranquilo.

—¡Pero si lo que llevo aquí es una figura de Malverde como recuerdico, che! El agente empuñó su arma hacia la nuca de Pablo y le dijo nuevamente:

—Destape la caja, señor, y muestre el contenido.

Con la presión arterial provocándole un zumbido en el oído, Pablo destapó de golpe la caja, que se unía por bisagras. Dos palomas volaron al abrirse la caja, perdiéndose en el momento. Los anillos que el soldado vio resbalar y caer de las garras de las palomas reflejaban tantas luces sobre el rostro del jadeante, y de nuevo malhumorado sujeto, quien ahora respiraba con más dificultad mientras esperaba su turno de revisión.

## UNA ESTRELLA EN LA SIERRA

---

### I

¿Quiere llegar hasta la cima de la colina? Újule, pos tienes que seguir caminando derecho, hasta que pase la mina, mi güero. Tienes toda la pinta de que eres gabacho, me cae. ¿Tú también eres ingeniero, verdá? Sí, a huevo, desde que descubrieron que en los cerros había más que piedras llegaron muchos y muchos como tú. Como que se sintieron magnetizados por las piedras de este pueblo raquíto. Hace no mucho, hará cosa de unos años, otro güero... ¿Eres gringo o qué? Bueno, bueno, la cosa es que hace como dos años llegó un güey, era de noche y sólo vimos las luces del automóvil iluminando el interior de nuestras casas. Nos sorprendió que alguien no apagara sus luces al entrar al pueblo. ¿Que a qué venía su paisano?, pos no sé, le soy honesto. Yo le pregunté en qué consistía su trabajo, me respondió que no era su trabajo, que sólo haría unas pruebas a las piedras del pueblo.

Figúrese la cosa, un descocado el pobre güero ese. De veras que se parecía a usted, la verdá, don Gringo. ¿Cómo? ¿Que si todavía los cerros tienen minerales? Uy, ¡y que si hay! ¡Como para hacer unas escaleras de hierro que inicien en la tierra y terminen en el cielo! Mire, acepte este consejo de su amigo Ballinas. Ba-lli-nas, no va-gi-nas, eh. No sea ustedimpropio, don Pendejón.

Le decía, con 50 años de nomás ver las cosas, se aprende. Todo, hasta lo más laborioso, se aprende con empeño y con maña. Yo aprendí a leer las caras de las personas, por ejemplo.

¿Por qué tiene miedo? No, señor, no. Aquí no hay cárteles, ni sicarios, ni agua pa' tomar. Todo lo que tiene este pueblo son piedras y pinos. Eso nomás. Por eso se llama San Juan de los Pinos. Cerros, pinos y piedras, ah, y güeros como usted. Puede ver usted mismo en las calles las cabezas de elote que sobresalen de nosotros. Pero ustedes viven en las ciudades, nomás vienen de día, para estar allá arriba, en la colina. Saque y saque piedras y pinos.

¿A eso viene usted también, verdad? Por eso lo vi desde que venía huyendo del perro ese. ¡Qué buen susto le pegó!, ¿verdá, mi don Chingaderas? Es que a últimas fechas los perros andan hambreados también. Dios quiere que nos apretemos el cinturón pa' sentir que alguien nos abraza el estómago. ¿Y usted prefiere los pinos o las piedras?

—Yo lo que prefiero es irme rápido de aquí. Encontrar al doctor que busco, darle un mensaje que traigo desde nuestro país e irme.

—¿Me puede decir otra vez el nombre del que busca? A ver si lo conozco, eh, porque como soy el único de este pueblo que tiene un negocio, pos soy popular. Pa' qué negarlo. Si alguien conoce a todos, soy yo.

—Hölingurst, John, señor. Busco al doctor Hölingurst.

—¡No, ese nombre como que no me dice nada! Los nombres de las personas tienen que decirnos algo. Yo, por ejemplo, fui el octavo hijo de un próspero matrimonio. Por eso soy Octavio. Octavio Ballinas. Y el señor «Gólingurs» no me suena, no lo ubico. Como que es mucho nombre pa' tan poca persona.

—El doctor debe de volver conmigo a la embajada. Se trata de una cuestión indudablemente de vida o muerte. ¿Me entiende?

—Es de muerte, diría yo. De muerte se trata.

—¿Perdón?

—Digo que tal vez, y sólo tal vez, el doctor que usted busca sea aquel güero que andaba cortando pinos así porque sí. Quesque era su negocio. Hace rato no se le ve, desde que diouna fiesta. Todo el pueblo parecía que estaba en su casa, y luego nada. Ya no se le vio.

—Yo no quiero oro, ni piedras, ni sus pinos. Lo que quiero es terminar el encargo que se me ha encomendado. Vengo a traer este documento al doctor —dice mientras agita con bravura un grueso atajo de papeles amarillentos—, a tratar de convencerlo de regresar a Canadá a la confortabilidad del primer mundo y sólo eso.

—¿Qué piensa de los árboles usted, señor?

—Más o menos creo que todos dan muy buena madera. ¡Pero eso qué importa! Aquí se trata de una vida humana que puede estar en peligro, le pido seriedad. —Octavio alza la mirada, la aleja del enclenque hombre, observa los casi infinitos árboles y pinos que es lo único posible de ver. Respira un verde que infecta los pulmones.

—Ah, pues haberlo dicho así, de frente. Yo puedo ayudar, don Chingaderas.

—¿Y qué quiere a cambio?

—Que me permita mostrarle los cerros.

—En mi país también hay cerros, señor. Le vuelvo a pedir cordura y seriedad.

—Pero en su país, de seguro, no son tan altos ni tan tupidos.

—¿Me va ayudar o no?

—Caminemos entonces, don Cagadero. Lo bueno de este pueblo ciclista es que se cruza caminando en 15 minutos. Allí, en ese cerro, puede encontrar al doctor que busca.

—¿Es allí donde vive el doctor Hölingurst?

—O solía hacerlo, hasta hace poco. Ya le he dicho eso. Es cuestión de que usted avance hasta subir el cerrito o la colina. Como le quiera llamar. ¿Sí puede subir solo, o quiere que lo acompañe hasta la cima?

—Claro que puedo, mi país es potencia mundial, ¿qué es una colina?

Destinatario: **lordasimov@machinemail.com**

Asunto: Urgente, envíe ayuda a San Juan de los Pinos. Enviado desde un teléfono móvil: 07:34 p. m.

He dado con la ubicación del desaparecido. Le he encontrado de la peor manera imaginable: muerto. Estos aborígenes le han asesinado, me temo suceda lo mismo conmigo. Escribo este correo en la más densa oscuridad, tecleando con miedo, escondido en una cabaña apestosa, en el pueblo más horrible. Todo huele a orín y sangre. Me es preciso salir y vomitar; no puedo hacerlo, me esperan, puedo sentirlo. Era una trampa. Me paraliza el horror de ser víctima de la barbarie humana, así le pasó al doctor Hölingurst. Desde una ventana en un altillo me limito a ver el tronco del doctor, ya sin extremidades. Se encuentra suspendido de cabeza entre los pinos.

Y escribir «de cabeza» es una expresión, pues ha sido decapitado. Su cuerpo permanece colgado desde lo alto de unos pinos. Como una piñata, como un péndulo maloliente. Unos niños se divierten tomando varas de madera, para luego golpearlo duramente con ellas. Un golpe con la vara tras otro, y otro y otro. Golpe tras golpe en el hinchado abdomen. Escucho las risas de esas bestias jugando con un ser humano, o con lo que solía serlo. Del otro lado del pueblo veo un camino de antorchas avanzando con lentitud. No sé si saben que estoy aquí. Creo que vienen por mí. Piensan que quiero su madera, como Hölingurst. Ahora puedo ver qué pasó: el doctor se corrompió cuando supo que era más lucrativo explotar la madera del lugar que trabajar. Creen que quiero sus metales. Creen que soy

nocivo para el pueblo. Hay viento afuera, las antorchas empiezan a iluminar de naranja el cuerpo del doctor, se mueve como diciéndome que le voy a hacer compañía. Seremos piñatas.

El pueblo se encamina cantando hacia donde estoy. Escucho la música de trompetas y estallidos de cohetes. Veo una soga, sin duda seré una piñata. No veo palos, ni varas, sólo machetes. No quiero ser también una piñata. Envíen de inmediato operativos a San Juan de los Pinos, no sé cuánto tiempo pueda esconderme. Urge ayuda.

## *Lumen in caelo*

---

A Noel Cisneros.

*Me dijo también: las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas.*

Apocalipsis 17:15

Sentado sobre el frío bronce de su trono, el vicario de Cristo no puede más que pensar en la posibilidad de dormir un poco, pero algo se lo impide. Las grutas del Vaticano albergan más que simples huesos y reliquias. El vicario siente que el crucifijo le estorba colgándole del cuello, así que lo deja a un lado de su silla papal. Está nervioso, hace poco era Cardenal en una orilla del mundo. ¿Quién adivinaría que este conformista ocuparía el trono de Cristo? En la capilla del cónclave, hace exactamente un año y siete meses, los cardenales de todo el mundo le eligieron como Papa de la Iglesia Católica. Su antecesor no pudo soportar el secreto máximo de la iglesia, y al ser un peligro el propio Pontífice para la institución, fue neutralizado poco después de cumplir un mes al frente de la Iglesia. Después de envenenarlo, le golpearon la frente con el martillo de plata. Le fue colocado un velo negro de seda, regalo de la comunidad católica de Kenia y después le golpearon la frente, otra vez. El papa ya no sentía miedo, descendería a las catacumbas a esperar el momento temido por otros, no por él.

Últimamente los papas han sentido miedo. Exceptuando al *mediate lunae*, los otros, casi todos, han negado a quién representan. El nuevo vicario, Pedro el Papa (a diferencia de sus antecesores), no se

siente interesado en bajar a las catacumbas. Poca atracción le provoca la tumba de San Pedro y los otros padres. Lo único que le interesa es mantenerse alejado lo más posible del subsuelo del vaticano.

Hace bastante tiempo que no duerme tranquilo. Ha ordenado —por cierto— que nueve soldados suizos le custodien cuando él pernocta. Y no, esto no le produce alivio, ni le brinda la tan ansiada ataraxia. Pedro, el Papa, apoltronado en su silla pide le lleven el *Séfer Yétzirah*, (el libro de la creación para los judíos), que está en poder de la Iglesia desde la primera cruzada.

El Papa ha leído cada línea del libro. Sabe que después del día de la Parusía las cosas no podrán ser las mismas. El pontífice y los otros príncipes de la iglesia se resisten a entregar el trono. Ni los profetas alcanzaron a ver esto. ¿Qué escribirían Balaam, Elías, Natam, Isaías, Nahúm, Amos y Habacuc sobre el Templo secuestrado? El mensaje a Efeso no fue entendido. Tampoco la iglesia de Esmirra, ni Pérgamo, ni Tiatira, Sardas o Filadelfia entendieron. La razón por la cual se hizo el concilio era para preparar a la tierra para el segundo advenimiento, pero prefirieron guardarse el secreto. El Cardenal Ottaviti informó a Su Santidad (que en plomo descansa) de las apariciones de Rikbiel, el ángel del juicio. Se apareció a un grupo de niños en Somalia, pero el mensaje del ángel se mantuvo como secreto de Estado. Cuando Bolaño reveló lo que sucedía, básicamente la alerta que el ángel del señor hacía a la humanidad, el primero en pedir altísima secrecía fue el Cardenal Ottaviti: ¿Es que estamos planeando una revolución?, había fustigado a los otros cardenales.

El antecesor de este papa temeroso había dicho que a su muerte regesaría el *Sol Invictus* para reclamar su trono, el trono que había hecho encima de su amado Pietro. Cuando finalmente mataron al

Papa estorboso, los cardenales se reunieron para elegir a un nuevo representante de Cristo (omitiendo las señales del Señor, claro está). Cristo, en su egestad de volver a la tierra, se presentó aquel día de cónclave frente al Cardenal Ottaviti, el Día del Juicio había llegado y el juicio final estaba apenas por empezar. Cristo caminó directo desde la puerta del Altísimo...¿Caminó? ¡No!, más bien flotó, sin poner los pies en el suelo sucio.

Ottaviti, sorprendido, apenas masculló algunas palabras: ¿Maestro, eres tú? Verbo encarnado, pruébame que eres el pastor. ¡Oh, por tus sagradas llagas, alfa y omega, demuéstralo con una señal!, dijo.

Por su aspecto desaliñado, la suciedad en la ropa gastada, los pies descalzos —los guardias de la Plaza de San Pedro pensaron que se trataba de un desquiciado— y a falta de los casi veinte euros que cuesta la entrada, a Cristo le fue casi imposible acceder a su casa. El Mesías observaba el brocado de oro con que se cubría una imagen de él mismo en eterna agonía. Vio una corona de espinas hecha de plata sobre su maltrecha cabeza. Cristo de carne extendió los brazos, cerró los ojos y aquel otro hombre, agonizante en el madero, cayó. Cristo de porcelana se reventó al unirse con el mármol del piso. La cabeza del falso Cristo rodó a los pies de Ottaviti.

—He ahí tu señal, hijo bastardo. Han hecho un buen negocio con mi muerte, ¿no? Esta iglesia ha fornicado con todos los reyes de la tierra. Ustedes creían que al tapar mi rostro con un velo no vería las atrocidades que dicen hacer en mi nombre. Conmigo vienen, en espíritu, los mártires de la Inquisición y de las Cruzadas. ¿Ves esta llaga? —Y Cristo metió los dedos de Ottaviti en su herida del cos-

tado—. Esta es la herida por la que veo al mundo, siéntela, porque con ella te he visto pecar, inmundo Cardenal. ¿Conoces la historia de Galileo?, —preguntó Cristo a un crapuloso Ottaviti.

—Verás, Padre, sí, es cierto, la Iglesia se ha equivocado, pero amansada la hemos conservado para ti durante siglos. Oh, dulce Señor, ¡déjame sentir la miel de tu amor al decir tu nombre! —dijo Ottaviti. Hipócrita y miedoso, se arrojó después a los pies de aquel hombre que flotaba. El calor sofocante de julio le perlababa de sudor el flácido rostro al Cardenal.

Cristo, sin perturbarse, llamó al ángel Verchiel. El ángel apareció con su cuerpo envuelto en llamas, sobre el Baldaquino de San Pedro. El cobre de la estructura hecha por Bernini comenzó a fundirse poco a poco.

—Ahora, oveja que juegas a ser león —Cristo le hablaba al Cardenal—, quiero ver a Pedro: la roca de esta meretriz de la fe. Esta iglesia que hicieron un lenocinio. Pedro era un buen judío, no un «cristiano». ¿Por qué insisten en llamarse cristianos? —inquirió Jesús a un tembloroso Cardenal.

—Nosotros, oh, Cordero de Dios, seguimos tus huellas sobre la bruma del mar, a veces las perdemos. Arca de la alianza, rosa mística, pescador de hombres, en tus redes hemos nacido. Servirte es el deseo de cada uno de nosotros...

Cristo arqueó la ceja derecha, y observó con detenimiento los anillos sobre los dedos retorcidos del Cardenal. ¿El viejo tendría artritis o sólo temía que Cristo le robara sus anillos y por ello apretaba los

dedos hasta la deformidad?

—¿Dónde está Pedro? —volvió a preguntar.

—Bajo tus benditos pies, oh, Señor mío.

Cristo pidió que lo llevaran a donde Pedro, y ordenó a Verchiel salir a la Plaza, al obelisco, para que como testigo mudo viera el comportamiento de los humanos.

Ya solos, Cristo y el Cardenal se dirigieron a las grutas. Ottaviti, nervioso hasta el punto de defecarse, llevaba flotando detrás de él al Todopoderoso. El Cardenal condujo por la nave central de la Basílica a Cristo, intentando desesperadamente impresionarlo con las obras realizadas por los consagrados artistas de occidente. Le mostró la tumba de Alejandro VI:

—¡Deshumanizado e inmundo! —contestó Cristo. Y añadió—: Yo permití que mataran a su hijo y lo arrojaran al río. Ese Borgia se sentía mi sucesor, se llamaba a sí mismo el pescador de almas... ¡Pues que salve a su hijo de las aguas primero!

El Cardenal se llevó las regordetas manos a la boca, amedrentado de la crueldad de Jesucristo. Parecía olvidar que él mismo había ordenado matar a varios. Ottaviti señaló con su mano izquierda la tumba de Pío VI:

—E-e-e-este, señor, fue tu siervo...

Cristo se adelantó:

—Sí, Pío VI, lo elegí para morir santo. Uno de mis favoritos por no rendirse ante Napoleón. Aquila rapax, disfruta el sueño —le dijo al Papa muerto y luego se giró hacia donde Ottaviti y ordenó de nuevo—: Llévame con Pedro. No quiero ver a otro.

Saludó la tumba de Pío X y siguieron adelante, pasaron a un lado del «Papa Bueno», de Juan XXIII, quien, entre otras cosas, mantuvo contacto directo con los extraterrestres durante años. Y aunque el Cardenal presionó, Cristo no quiso visitar a León X, pero preguntó dónde estaba sepultado su elefante albino.

—Ignoro en dónde esté sepultado el elefante. Nunca supe que había tenido uno —contestó Ottaviti, y llevó a Cristo tras de él hasta llegar al cimborrio construido por Lorenzo Bernini. Bajaron las escaleras hasta llegar a las catacumbas.

Al llegar a la tumba de San Pedro, el Cardenal insistió en contar los pormenores para encontrar el cuerpo del patriarca:

—Verá, señor, su siervo, Pío XI, el Papa 259 de su Santa Iglesia, al morir quiso ser sepultado junto a San Pedro. El siguiente Papa ordenó una misión arqueológica para encontrar las catacumbas originales. Mi Señor, he aquí a la roca de tu iglesia, Padre eterno

—dijo él.

Jesús caminó, esta vez caminó, hasta la tumba. Se fue el brillo violeta que lo cubría, llenando de aire reciclado sus pulmones, gritó:

—¡Tú no eres Pedro! ¿Dónde está Pedro? —Cristo encaró al

Cardenal—. ¿Dónde está Pedro el pescador? Él, el vicario mío, al que nadie le acercó un espejo de plata para cerciorarse si respiraba después de que lo crucificaron de cabeza en el circo de Roma. ¿Dónde están los pies que le arrancaron cuando lo bajaron de la cruz? —preguntaba y empujaba hacia atrás al regordete Cardenal.

—¡Sed, pater, hoc est sepulcrum Petri. Hic mentiri ossa ejus! —contestó llorando Ottaviti.

Cristo le asestó una bofetada y le pidió no hablarle en latín.

—¡Cállate, inmundo! Detesto la lengua de quienes me crucificaron, yo hablé arameo, no la lengua de los perdidos. ¡No me hables en latín! —dijo Cristo y comenzó a vomitar nombres, asqueado.

—¿Quién ha puesto aquí a Lino, Anacleto, Evaristo, Telesforo, Víctor y al primer Pío? ¿Quién ha puesto esos huesos de perro en la tumba de Pedro? ¿Quién decidió poner en aquel fondo al asqueroso Oton II? Al Cardenal le temblaban las piernas y un hilillo de orina olorosa se unía a la excreta bajo la sotana.

—A-a-a-a-aquí e-e-e-es-es-,eeest, está, ¡oh, inmaculado corazón! —dijo el Cardenal. La ira poseía a Cristo, quien furioso sentenciaba:

—¡No mientas, no a mí! Los reyes de la tierra, sus gobernantes y los falsos que han fornicado con ustedes, y que con ustedes han vivido en plácemes y deleites, llorarán, y harán lamentación por ello. Cuando vean el incendio que desataré en su Iglesia de hombres, no de almas, no mía —y los ojos de Cristo se hacían huecas cavidades que arrojaban sangre a borbotones en una incontenible

voráGINE sobre la tumba de San Pedro—, ¡los destruiré! —dijo el Cordero de Dios.

—¡Señor mío, misericordia! ¡Ay, Señor, ¡Por tu santísima madre y todos tus santos! ¡Por tu triunfo sobre el panteón romano, misericordia, oh, pater meus! —imploró Ottaviti.

Cristo, más colérico, hizo estallar las efigies de la virgen que había en los nichos de las grutas.

—¡Mi madre ya ha sido prostituida por ustedes, déjenla en paz! ¡No la menciones! Tienen un banco, patrocinan guerras, han dañado y violado a mis pequeños hijos... ¿Por qué he de sentir compasión por los injustos? —le dijo Cristo al Cardenal.

—Puesto que somos sólo polvo reunido, Señor, debes entender nuestro origen maldito. Somos el aborto de la unión entre el polvo y el llanto. ¡Somos lodo que mancha con mirarlo! —respondió Ottaviti.

Cristo, conmovido, se acercó al Cardenal. Conteniéndose preguntó una vez más:

—¿Dónde está Pedro?

—¡Oh, Señor, Señor! —dijo el Cardenal mientras levantaba la negra ropa de seda cosida con hilos de oro, y besando la gastada túnica sudada de Cristo respondió—: Juro que nuestros estudios arqueológicos indican que Pedro «la Roca» descansa justo aquí. Rompe, oh tú, Señor, el sepulcro y observa sus huesos. Tráelo a la

vida, tú que tienes el poder de hacerlo.

Cristo lo tomó como un reto y, cerrando los ojos, cesando la sangre, partió aquella losa de mármol, bajando al fondo. Cristo en la sepultura buscó los huesos de Pedro porque quería envolverlos en músculos, en arterias, en venas, en tendones, en piel, órganos y llenarlos de vida. Por más que buscó, no encontraba nada, la tumba estaba vacía. Nada más. El Cardenal, premeditadamente, accionó unas compuertas sobre aquella fosa. Luego una descarga de plomo cubrió la oquedad en donde se había metido Cristo. No era la tumba de San Pedro, era la tumba que ocuparía el propio Ottaviti cuando muriera. El Cardenal selló él mismo la tumba. Subió al Vaticano y contó a los demás cardenales reunidos en la capilla Sixtina el peligro del cual había salvado a la Iglesia.

—Consummatum est —expresó Ottaviti.

Como acto de gratitud, los cardenales decidieron elegir a Ottaviti como nuevo Sumo Pontífice de la Santa Iglesia. Ese mismo día, el humo blanco de la capilla sixtina anunciaba sólo una cosa: *Habemus Papam*. Ottaviti eligió el nombre de Pietro, Pedro. Pietro romanus, o Pedro, el romano. Y aunque sabe que es difícil que Cristo salga de la fosa cubierta de plomo, teme que aquel hombre salga de las grutas, pero se consuela pensando que, mientras no lo crucifiquen, no le atraviesen el costado o lo maten, no podrá escapar de la cárcel de su reencarnación mortal en este mundo.

—¡Bastará con echarle algún pez y pan para que lo multiplique!

—resolvió el nuevo Papa cuando fue cuestionado sobre qué ha-

rían con Jesucristo. Por ahora, Pedro el romano sólo anhela dormir tranquilo sobre las naciones del mundo. Y así, pensativo y zozobranante se va quedando dormido poco a poco con el libro de la vida entre sus manos. Por su parte, Shemahazzi, eternamente colgado de cabeza castigado en la constelación de Orión, viendo hacia la tierra se ríe de Verchiel, que sigue esperando aún sobre el obelisco.

## SOMBRAS BLANCAS EN EL DÍA

---

*Alcaldesa del dibujo, de la línea profesora  
de los contornos maestra. Virreina de la armonía,  
¡tú pintaste la poesía! Nahui Olin abadesa,  
es inmortal tu grandeza.*  
Guadalupe Amor

### **Domingo 14 de abril de 1968**

«La ciudad no es la misma, se está pudriendo», escucho decir a mis abuelos, a mis padres, a mis maestros. ¡Qué bajón de ánimo, qué flojera, qué azotados! Yo prefiero ni hablar, mejor escribir. Por eso tengo diarios, para contarme a mí mismo lo que no me cuentan los demás. Mis padres han crecido y envejecido con la ciudad, pero se niegan a aceptarlo. Había un poeta —no recuerdo su nombre— que aseguraba que todas las ciudades tienen rostro de mujer. Tal vez. Hoy he conocido a una mujer que bien podría ser la cara de la Ciudad de México, y sentí miedo por primera vez en mis 17 años. La vi, lloraba verde, como una especie de jade líquido, e inundaba parte del macetón de la Alameda en la que estaba sentada. Ahí la vi. Ahí estaba ella.

Ahogaba a los niños, a las mujeres, a Benito Juárez postrado en su hemiciclo y ahogaba también a los perros que jugaban entre los árboles. Todos ahogándose por el jade que lloraba la Ciudad de México. Había muchos niños, algunos le arrojaban piedras. Ella, hermosa como una aparición, no se inmutaba.

Una incierta luz verderojiza emanaba de esos ojos. Era un llanto luminoso. Me pareció que lloraba por el incendio de la biblioteca de Alejandría, o por la pobreza de México, o por el hambre mundial o por algo así, grave y triste.

Lloraba y lloraba, catatónica. Miedoso, pero impulsado por un morbo hasta entonces desconocido, me acerqué a ella para saber qué ocurría: lloraba por la muerte de su gato.

Lo apretaba con rabia contra su pecho. Al sentirse observada por un adolescente, la mujer de los ojos como de Medusa se incorporó con un solo movimiento. Metió al animal muerto en su bolsa y entre frases en francés —que no entendí— comenzó a caminar entre los recovecos oscuros de la noche, rumbo a Bellas Artes. La perdí de vista casi de inmediato. ¿Se habrá ido corriendo? La busqué por horas; desilusionado, regresé a casa a escribir esta impresión sobre aquel ser desconcertado y desconcertante. Espero encontrarle muy pronto, creo que podría escribir una buena historia sobre ella.

Hoy compré, además, un disco de mi banda favorita: Strange Days, de los Doors. Este día no pudo ser mejor. Escucharé mi nuevo LP en el tocadiscos Ranser valvular, dicen que este año Ranser lanzará a la venta un tocadiscos portátil, ¡qué locura y cuánta modernidad!

### **Jueves 3 de octubre de 1968**

La he visto de nuevo, ¡gracias, universo! La vi hoy, gritaba enloquecida dando paraguazos a los que corríamos huyendo. Pensó, tal

vez, que queríamos atacarla y se defendió cual gata acorralada por una rabiosa jauría. Un extraño olor a pólvora que inundaba el ambiente y la agitación —además del ruido de los miles concentrados en la plaza de Tlatelolco— la hacían caminar de un lado a otro. Pero cuando comenzaron a caer las bengalas y los primeros balazos se escucharon, todo se volvió un caos. La vi correr tras de una carriola que iba cuesta abajo, sacó al bebé. ¿Quizá no está loca?, y después dejó al niño con su madre —que esperaba espantada con el vestido pisoteado por la estampida de gente— en una esquina.

Vi, ¡lo juro!, que a pesar de llevar falda y tacones corrió por la Plaza. La cruzó, esquivando balas mientras derribaba a algunos soldados. Intentó entrar a la iglesia, pero la halló cerrada y regresó, invicta. Se movía con gran agilidad, parecía un soldado más. Otra vez, sus ojos verdes como carbones radioactivos refulgían en una llama verde, ardían a medida que oscurecía. La oí que musitaba: «El ojo humano es el elemento máximo, el sol de todos los sistemas solares. ¡Es la fuerza, la luz, el color! ¡Ojo, elemento humano!». Corrí siguiéndola, logrando asirme por un momento a las hebras sueltas de su maltrecho abrigo. Caí, ella siguió corriendo, ajena a mi ridículo intento de protegerme tras ella. Me escondí bajo una camioneta aparcada en la calle, duré horas y horas esperando a que saliera el sol para sentirme seguro y así poder caminar, huyendo de mi escondite.

Cerca del mediodía, mientras intentaba salir de aquel conjunto habitacional, la vi caminar entre muertos. Les hacía cruces, les bebaba la frente y parecía que les susurraba algún secreto al oído. Hablaba sola. Corrí, esta vez no tras de ella, sino en sentido opuesto a ella. Quería escapar de la enorme Plaza de Tlatelolco hecha tumba. Quería escapar de ella, de sus ojos de loca. Alcancé a escuchar que

les gritoneaba a los soldados que limpiaban la sangre de la noche anterior sobre el cemento:

—¡El general Mondragón los dará de baja, filibusteros, medio-cres, asesinos! Ya verán, a todos ustedes los van a pasar por las armas, cobardes. ¿Disparar a los muchachos, a los estudiantes, a unos inocentes? ¡Ustedes son unos cabrones, no tienen madre ni patria! Al paredón por desalmados, malditos perros. Corrí y sentí que los pies se me hacían de agua, como que no podía ni estar de pie. Sólo pensaba en vivir, en seguir oxigenando mis pulmones. Corría y vi otro ejército correr, esta vez de gatos, e iban tras ella. Iban para ayudarla a enfrentar e insultar a los soldados. De reojo miré hacia atrás y vi una extraña batalla: se enfrentaban todos los gatos callejeros de la Ciudad de México y una loca contra la gendarmería nacional. La historia sobre esta mujer se pospone hasta nuevo encuentro, uno más amigable, espero. No me queda duda de que es un personaje impresionante. ¿Será una soldadera de la Revolución o por qué el interés en el ejército?

### **Jueves 31 de diciembre de 1970**

Dediqué el día completo a buscar en las librerías de viejo de la calle Madero algún ejemplar de *Los Cuentos Místicos*, de Manuel Panes —ya que me lo han pedido para una clase de la universidad—. No lo he conseguido; en cambio, volví a toparme con ella. Yo hojeaba un poemario de Villaurrutia y ella, con algún don de bruja o druida ancestral, se aventó a declamar (para mi desconcierto) el poema que leía en ese justo momento:

*Y no sé para qué tendiendo redes con palabras pretendo aprisionarte*

*si, a medida que avanzan, retrocedes, es inútil mi fiebre de alcanzarte, mientras tú mismo, que todo lo puedes, no vengas en mis redes a enredarte.*

—Soneto del Temor a Dios, de mi poemario favorito de Xavier —agregó—. Siempre se lo dije, me gustó más que Nostalgia de la Muerte, que consideraba él mismo su máxima creación. Le dije que Canto a la Primavera era mejor y me lo tomó a mal. Murió en la Navidad del 50, sin hablarme. Pero yo fui a despedirme de él al Tepyac, y le sembré una nochebuena en su tumba, ya hace muchos años. Una amiga y yo recitamos Décima Muerte, mientras bajaban su cadáver a la tierra.

—¿Entonces lo conoció? —dije para evidenciar lo obvio. Necesitaba que siguiera entusiasmada, que me contara sus secretos. Necesitaba saber y hablar con ella, así que añadí—: ¿Cómo era Xavier?

—De todos esos amanerados, era él el único caballero. Tal vez también el doctor Nandino. ¡Qué diferencia de hombres si los comparamos con mi esposo, una piltrafa! Nunca entenderé qué le vieron Salvador y Xavier a Manuel. —Hizo una mueca de disgusto, que no duró ni un segundo, pues siguió feliz platicándome—: ¿Has leído alguna vez a Camille Flammarion? —inquirió, y respondí ya no me acuerdo qué cosa.

Don Tomás Doreste, propietario de la librería *Las Puertas del Paraíso*, alcanzó a escuchar a la distancia nuestra charla y, una vez cerca de nosotros, preguntó a mi fugaz amiga si ya había leído la antología de poesía peruana que recién acababa de llegar a la tienda. El libro tenía en la portada una foto de César Vallejo. Ella, con una desconocida —para mí— sapiencia, comenzó una ponencia im-

provisada sobre el malditismo de la poética vallejiiana. Ante la literatura se mostraba lúcida.

Se quedaron conversando don Tomás y ella, y tras un rato se fue de la tienda con un ejemplar de cuentos de Alphonse Daudet. Afuera la esperaban los gatos sarnosos, hambrientos; y se fue caminando hacia quién sabe dónde, protegida por ellos del mal de los humanos. Era casi como una virgen cargada por su celeste ejército de gatos misteriosos y cojos. Pensé en seguirla, dudé. El humo vomitado por los escapes de los autos subía. Caminé por la calle Francisco I. Madero recordando los versos de «La duquesa de Job», intentando imaginar cómo se verá el mundo a través de unos enormes ojos verdes como los de ella.

Caminé hasta la Plaza Mayor, ahí en el Zócalo me esperaban mis padres en el auto. Me fui pensando durante el viaje de regreso a casa en aquella mujer. ¿Tendrá familia?

### **Sábado 23 de enero de 1971**

Ha envejecido y engordado notoriamente. Creo que le duele o tiene dificultad para caminar. La he visto hoy mientras se detenía a descansar bajo las sombras de los edificios. Sudaba dentro del abrigo que llevaba, se veía mojadísima. De vez en vez vi cómo sacaba de sus bolsas trozos de carne y los arrojaba a algún perro o gato que cruzaba frente a ella. Ama a los animales más que a ella, me parece. Seguía hablando sola. La vi elevar los brazos al cielo, tratando de golpear al sol o a un ángel guardián extraviado. La escuché gritar:

—Ahora que percibo, sufro y soy sensible a todo, tengo sed de todo lo que es bello, grande y embriagador. Con un ardor extremo,

una ilusión loca de juventud y de vida, quiero hacer vibrar mi cuerpo, mi espíritu hasta los últimos sonidos. ¡Quisiera embriagarme hasta morir de amor, felicidad y ensueño!

Encendí un cigarrillo y me quedé intentando escuchar más de lo que hablaba, y allí me estuve fumando cerca de ella hasta que me pareció que era tarde. Caminé al metro, y pensé otra vez durante todo el rato que duró el viaje en las palabras que escupía esa mujer. No es una loca común, es una loca especial, como un personaje que enloqueció de amor en una novela. Una loca poética. ¿Será violenta? Hay algo que me atrae de ella. Tal vez deba usarla como protagonista de una novela romántica o una novela trágica. Falta un buen argumento, tal vez si lograra hablar con ella un poco más lograría tener la historia para escribirla. Me prometo algún día entrevistarla, o seguirla hasta su domicilio, al menos.

### **Martes 30 de mayo de 1972**

Lo que hay por ver todavía, de verdad. Tal parece que la vida quiere hacerme, digamos, ¿feliz? Después de unos años, la volví a ver. A la de los ojos de esmeralda fundida.

Mi amigo Iván me instigó a visitar una exposición en la Zona Rosa, y apenas entramos en la zona, ¡ah, caray!, ¿qué es lo que veía yo? Eran dos locas, no una. ¡Me piro, vampiro!

La de los ojos verdes venía pesadamente transportándose por la calle de Londres, arrastrando un carrito de mercado enorme en el que cargaba ropa, algunos libros y sus gatos. La otra, que salió de la nada por la esquina de Génova, era una señora de edad madura:

el pelo recogido en una pañoleta negra y con una bolsa de mano al mejor estilo de los años 50, colgando de subrazo izquierdo. Venía gritando quién sabe qué cosas a sabrá quién, y dando patadas con su pequeño pie a la gente. Justo cuando al pasar esta mujer por el cruce de estas calles, mi misteriosa musa gritó:

—¿Teresa?, Teresita. ¡Lupita! Ay, Pita, ¡hacía tanto que no te veía! Desde que eras casi una niña y entrabas a la Galería de Arte Mexicano a ver cómo pintábamos Siqueiros, Rivera, Best Maugard y yo. ¿Lo recuerdas, Pita? ¿Te acuerdas del tan joven Soriano? Fue él quien te presentó con Xavier, ¿verdad?

—¡Ah, Juanito, sí lo recuerdo! Me hizo una pintura. Dijo que me haría un buen retrato, que lo hizo a medias, eh. No cumplió del todo. Me pintó como una Safo tocando su lira, ¡pero una lira sin cuerdas! Soriano me pensaba hija de Apolo, pero bastarda y una rapsoda ágrafa.

Como otros, creía que yo no escribía mis versos. Además, Soriano siempre fue la mascota de Xavier y Salvador, y él lo sabe. Pero ¿y tú? ¿Tú qué te has hecho tantos años que ni siquiera tus amigos saben de tí? Sabes, yo a veces creo que el cielo y el paraíso, si acaso existen, son el olvido puro. Y, por el contrario, el recordar es el infierno infinito y lúcido. Yo intento, como tú, no recordar ni que me recuerden. Me harté de la ambrosía del mundo.

— Pequeña, pero siempre grande en agudeza. ¿De quién lo sacaste si tus hermanas son tan santurronas? Ja ja ja, ¡la mascota!, ni quien lo cuestione. Ay, extraño tanto a Xavier y a Chayo Cabrera. ¿Cómo están tus hermanas, Carito e Inés? ¿Viven todavía? ¿Te

agradaría entrar a contemplar una exposición? Sé de una dedicada a la arquitectura moderna, veamos si es buena y pongámonos al tanto de nuestras guerras.

—¡Ay, san Roque, que esa perra no me robe, me mire o me toque! —lloriqueó Néstor Manjarrez, dueño de la galería en la que tenía lugar la muestra fotográfica. El pobre galerista seguía con la mirada desorbitada cada gesto y movimiento que hacían las mujeres. Sin duda él esperaba el momento en que todo se saliera de control—. Ahora sí ya nos cargó la chingada, con todo y verga. Ay, Jesusito, que no se les ocurra hacer una escena aquí adentro, que no se les ocurra ni robar ni desmadrar nada.

Y yo me dejé ir sobre ellas, más bien tras de ellas, pero me dije a mí mismo: «¡Andando, que es gerundio y no la vayas a regar, Miguel!».

Pasaban de una habitación a otra, y yo tras de ellas, apenas viendo las fotos colgadas sobre las paredes. Por fin se sentaron en una mesa y me puse atrás suyo, a modo de que me ignoraran rotundamente. Podía escuchar su plática:

—Me gusta que hayas matado a Guadalupe y ahora seas Pita. Yo maté también a Carmen, y ya sabes quién soy ahora. ¿Qué me importa el asesinato, qué me importan las leyes, la sociedad? ¡Dentro de mí hay un reino donde yo gobierno! Yo le hago trampa a la vida, nunca pierdo. Pero, Pitita, anda, dime algo. No te me quedes viendo como si estuviera yo loca. Tú no, por favor. ¿Tan fea y gorda me encuentras?

—Hay que tener agallas para salir vestida así a la calle, amiga. Yo las tengo, por eso también salgo a las calles maquillada como charola michoacana. A ver si la gente deja de acercármeme, estoy harta de la gente. ¿Y qué me da lo que piensan ellos? —dijo eso y sacó de un bolso dorado, que llevaba sobre el brazo izquierdo, unos papeles y lápices de colores, con los que empezó a dibujar en una tarjetita tipo ficha bibliográfica.

—Supe que perdiste a tu hijo, sólo yo te puedo entender. Mi hijo murió, así como el tuyo, murió por un accidente. También se murió siendo un bebé. ¿Te acuerdas?, fue un descuido también. El día que el doctor Raúl me contó lo que te había pasado, saqué el traje de marinero de Manuelito y empecé a reco... ¡Cómo!... ¿Tu hijo también se llamaba Manuel? ¡Te lo estoy diciendo! ¡La fatalidad nos persigue, Pita! Es el precio que nos cobró la vida por escoger nuestros destinos, por no pedir permiso o perdón.

—¡Mi hijo!, maté yo a mi hijo, bien mío. ¡Lo maté al darle la vida! La luna estaba en huida, mi vientre estaba vacío. Mi pulso de escalofrío y mi sangre ya invertida, mi conciencia dividida. Era infernal mi extravío. Y me planteo el tema: era de teología el dilema, si a mi hijo hubiera abortado, ya era bestial mi pecado. Pero yo no lo evité, vida le di: lo maté. Fue fatal y rotunda mi caída. ¡De nuevo me agitaba yo en el suelo por todos los demonios poseída! Alcé los ojos y vi un alto cielo. ¡Cómo anhelé mis alas poderosas y el vigor admirable de mi vuelo! Mas ya era yo una fosa entre las fosas, y me sentí absurda, víctima, cobarde. Y en la extensión sin luz me fui quemando hasta desvanecerme en el vacío.

—Es casi como si la maternidad hubiera sido nuestro gran error,

¿verdad? Pero ¿sabes qué?, nosotras ya no sufriremos cuando nos toque caminar en el otro mundo. Y no vamos a tener que regresar. ¡Es cierto! ¿Qué no sabes tú que las mujeres que pierden a su único hijo o hija ya no reencarnan nunca más? Aquí en la tierra es nuestro infierno y nuestro purgatorio. Oye, Pita, qué hermosa flor llevas en la cabeza. Se parece a la mía. Es un homenaje, ¿verdad?

Hace unos años vi el desnudo que te hizo Diego. ¡Qué bueno que te dejaste pintar desnuda! Crearon ambos una buena obra de arte. Ya ves que sí te serví de ejemplo, acéptalo. Un poquito al menos, ¿verdad? Qué bonita luces con tus ojos verdes, como los míos. Qué lindo se te ve todavía ese peinado, sigues pareciendo un Cupido de amor, definitivamente.

Pita, aún no ha llegado Agacino por mí. Estoy tan preocupada... Lo último que supe de él es que el Rey de España quiere llevarnos a Eugenio y a mí a su reino, para inaugurar una exposición con mis pinturas en Madrid, pero ya casi ni pinto. Todo mi tiempo es ahora para el sol. Sí, para el sol. Ay, Pita, no me hagas esa cara. ¡Yo soy la que hace salir al sol cada mañana! Ese es mi nuevo trabajo, porque ya no doy clases de dibujo, ni de pintura.

Te voy a contar algo, amiga: hace unos días el sol quería destruir a México, porque los mexicanos somos horribles, Pita. Horribles como seres humanos. Pero yo le pedí al sol que no lo hiciera. Y, míranos, aquí seguimos, gracias a mí. Aunque, la verdad, seguimos siendo horribles. Le salvé la vida a México, ¿y sabes cómo me lo agradece? ¡Cobrándome la luz eléctrica al triple! Por eso ya tiré el refrigerador. Y como mi casa es tan fría, ¡ni lo necesito!

Ya sé, Pita, ya sé que tú no puedes creer nada de estas cosas, pero te juro que es verdad. Yme ha dicho el sol que le dan risa todos los sacrificios que hacen por él, porque yo soy el único sacrificio que él necesita. Mira, ahorita mismo estoy metiéndolo, porque debería estar ya sentada en la Alameda, pero hoy es un día especial porque nos encontramos. Verás, todos los días hago lo mismo: saco al sol de la noche sin tiempo cada mañana y lo llevo a trotar por las llanuras del cosmos; después, como ahorita, lo meto. Siempre me acompaña y me cuida. Me hace cariñitos el sol, que viene desde tan lejos sólo para amarme.

—¡Ah, Nahuí, Nahuí! De nuestra esférica idea de las cosas, parten nuestras inquietudes y nuestros males, pues geoméricamente pensamos iguales lo grande y lo pequeño. De tal forma que no siendo, somos. Mas hoy con certeza sé que sólo habrá salvación si aniquilamos la razón y en silencio no investigamos; si el cerebro mitigamos, volviéndolo corazón.

—¡No, no, no, Pita! El sol me ha dicho que si México y el mundo no desaparecen es por mí, por mis ojos, por el oro que crece en la piel de mi cuerpo. Me dijo el sol que cuando yo muera, antes de que pasen diez años un gran terremoto acabará ahora sí con la ciudad. Él me lo prometió. Oye, Pita, hace tiempo leí un poema tuyo que hablaba de la noche. El sol dice que siente celos de tu canto a la noche. ¿Por qué no le haces unos versos al astro rey? No olvides que de allí viene mi fuerza, la tuya y la del mundo.

—Yo no hablo de la noche oscura porque no hay sol, hablo de la noche negra y eterna porque hay dolor. No es que me falte dolor de ver mi noche despierta, es que velando estoy muerta y me enciende

este negror. Aunque de vida sea mi somnolencia, de muerte es este extraño no soñar; si dormida conservo mi conciencia, ¡angustioso será el despertar!

—Pero, Pita, somos luz de pálida estrella para los otros espíritus que aciertan vagamente juicios sin precisión alguna sobre nosotros. Somos la luz, no la oscuridad, el pozo mezquino. La culpa negra es el cáncer famoso con que nacemos; estigma de mujer, ese microbio que nos roba vida proviene de leyes prostituidas. Olvidamos que nada es nada de lo que existe y todo es de todo lo que existe. Ven, Pita —dice llevándose una mano al pecho—, que aquí tengo una lucecita que ilumina.

—Lo que pasa es que padece mi alma en redondez terrible: tiene lo suyo y, además, lo adverso. Lo mínimo a lo grande hace accesible; resignación vuelve el camino terso, y ya al fin se juntó lo incompatible: mi nada... ¡y el total del universo! Ven, asómate aquí —y la otra mujer también se tocó el pecho—, que hay una oscuridad de muerte. Si tú sabes lo que es la noche, te ruego entiendas mi negrura.

Compartían las dos una copa de vino, estábamos en una estrecha habitación de la galería. Yo había estado detrás de ellas todo el tiempo y jamás repararon en mí. Ahora yo era el fantasma, la aparición y el desubicado.

—Pita, la confesión de las almas se hace por los ojos y la comunión de los espíritus por los pensamientos y son besos las palabras que los expresan, deja ya de cargar esa roca, Sísifa, aparta de ti el sufrimiento.

—Es que esta tristeza, este nudo en las alas, Nahui, va más allá de lo oscuro. En otro tiempo, con verdad decía que el dolor del mundo había saciado. ¡Torpe de mí, qué ciega, no veía un camino angustioso, pero no andado! Hoy acepto lo que antes no creía: que el infierno es redondo y continuado. Soy la dueña absoluta del infierno.

—No, Pita, recuerda: todo tiene únicamente un contacto accidental con el universo. Por eso nos ningunean, porque no tenemos la incontinuidad de quienes nos critican. No a todo lo que soñemos de la vida para nosotras, porque somos la continuidad que mata. Necesitamos la soledad luminosa, las dos, para que comience nuestra verdadera liberación.

—De mis viajes al cielo y al infierno, ha nacido una cruel sabiduría: por ver la noche y por burlar el día he descubierto que por mucho que el cielo nos alumbre, más nos quema el infierno con su lumbre. ¿Quién del volcán conoce la tortura? Sólo yo que, volcando mi amargura, soy el símbolo humano del volcán.

—Yo también soy volcán. Pita, yo puedo entenderte, seré más vieja, pero sólo yo puedo entenderte. Ni siquiera Dolores, tu mejor amiga, lo hizo. Yo soy un volcán de pasiones, de ideas, de sensaciones, de pensamientos, de creaciones que no pueden contenerse en mi seno y por eso, como tú, estoy destinada a morir de amor. No importa. ¿Sabes por qué? Porque al final, cuando lleguemos al más allá de los gatos, la madre tierra nos parirá y naceremos de nuevo, de nuevo para ya no morir. ¿Y qué importa si nos dicen locas en este mundo de hipócritas y estúpidos en donde decir verdades suena demencial?

—Yo, amiga, sí nací loca, pienso. Pero también sé que a mi familia se le olvidó comprarme la camisa de fuerza y un bolso de mano que hiciera juego. Después de todo: ¿quién de nosotros los humanos no es en realidad un alma herida? De entre todas las negruras despuntas, sol de los soles, y en el hueco de mi alma se disuelven los fulgores. Y es que la soberbia incita a mi inútil pensamiento a que defina el intento de la materia al formarle, por ver si así se puede arrancarle su secreto al firmamento.

—Estamos aquí, Pita, con una vida prestada llena de espacios vacíos que nunca se llenan. La existencia es también un vacío que se renueva para seguir siendo el vacío. No hay caminos ni senderos a dónde ir, salvo nuestros reinos interiores.

—Y después de esta angustia no habrá nada. Hoy soy todo, mañana ya no existo. Mi infinita ansiedad será truncada. Esto es lo cierto, pero me resisto a aceptarlo. Por eso, alucinada en inventar la realidad, insisto. Nahui, tus palabras alimentan la hoguera de mi corazón. Con ellas me llega, temporalmente, la calma anhelada y espero el día en que tal vez acuda la triunfante quietud, tan deseada, a mitigar mi angustia con su ayuda, para que mi alma, presa de la nada, se libere por siempre de la duda.

—Por algo, Pita dentro de este asfixiante monstruo de ciudad, nos encontramos hoy: para darnos ánimo. El espíritu vuela siempre hacia el ser que lo comprende, ¿no crees? A estos cuerpos les podrá caber todo: el hambre, la miseria, la tristeza y hasta el odio y la soledad. Y quizás hasta dos hombres, si estamos de buenas. Pero que no lleguen a querer destruir la armonía de nuestro mundo interior, porque si los dejamos, para liberarnos otra vez va a estar cabrón.

—Mientras mi carne aguarda sepultura, mi espíritu conoce ya lo exacto, tanto he llegado a refinar el tacto, que he visto claridad en la negrura. Infeliz es mi cuerpo por humano: esperando gusanos, ya es gusano. Mi alma es prodigiosa por enorme, ¡tan renegada, pero tan conforme! Cuando mi carne ya se esté pudriendo, mi espíritu asombroso irá ascendiendo.

—¿Sabes qué, Pita? Tú y yo no nos vamos a morir nunca, ese va ser otro castigo. Desgraciadas de nosotras, porque nuestros espíritus son demasiado amplios y grandes para ser comprendidos. Y el mundo, el hombre y hasta el universo son demasiado pequeños para entenderlos. Hay que morir. Es necesario desaparecer para renacer. Para gozar de otra vida, cuando no se está hecho para aquí vivir. Cuando no se puede respirar, ni desplegar las alas.

—Sola yo estoy y llena de inquietudes: cada día me interno más adentro; mis defectos atraen a las virtudes; de un misterioso círculo soy centro. El cansancio que tengo es infinito; todo el dolor del mundo he probado, un laberinto de ansiedad habito y a tientas me revuelco en lo intrincado.

Vi cómo la mujer más grande no contestaba nada. En cambio, sacó un lápiz labial, rojo sangre, y se pintó un corazoncito en la boca. La otra había dejado de dibujar sobre aquel cuadrado de cartulina. Había dibujado un ángel sobre un mundo que estaba rodeado de llamas. Pude acercarme tanto que alcancé a ver incluso una inscripción a los pies del ángel: «El ángel purificador», se leía en una caligrafía cursiva. Veía yo por encima del hombro de la dibujante cuando el vaho de mi respiración fue sentido. Me dio golpes con su abanico de mano. Me insulto llamándome *criado*, *cambujo*,

*bolonio* y no sé cuántas cosas incomprensibles más. Luego, ambas se levantaron mientras me seguían insultando. Se incorporaron casi sincronizadas, parloteando en francés para que yo no entendiera y enfilándose a la puerta que las comunicaba con el mundo. Cruzaron las salas de la galería y llegaron luego al umbral, saliendo a la calle. Me quedé viéndolas desde el marco de la puerta. Iban juntas, tomadas del brazo. Eran una belleza pese a la decadencia más o menos evidente en ambas. Los otros asistentes de la galería y el dueño del lugar lanzaron casi al unísono un enorme «¡Ufff... qué alivio!» cuando se habían ido. Saqué un cigarrillo, lo encendí, le di un jalón al tabaco y pensé: «¡Ahueca, muñeca, qué bueno que cargaba hoy la grabadora de voz!».

### **Viernes 5 de agosto de 1977**

Hace ya un año que salí del departamento de mis padres para vivir con Sofía, mi novia. El departamento es pequeño, pero está bien ubicado. Mi domicilio se encuentra en la calle Gobernador García Conde, en San Miguel Chapultepec. Amo mi nuevo barrio, es bueno dejarel multifamiliar y darles espacio a mis padres. Como el bosque de Chapultepec me queda cerca, se me ha hecho costumbre patinar hasta allá, para luego correr. Esta mañana, al ir patinando sobre la banqueta de General Juan Cano, justo a la altura de la calle Alumnos, me encontré de frente a una anciana de ojos tan agresivos que no podía ser otra más que mi musa.

Está más vieja, pero la lava verdosa sigue activa. Iba peinada con un chongo, con el cabello teñido de color naranja y el rostro blanquísimo, como bañada en talco. Iba jalando un carrito del súper, y en el carrito algunos gatos. ¡Era ella otra vez, frente a mí! La vi

directo a las pupilas y ella a mí, era una mirada penetrante, perturbadora, que me provocó escalofrío.

¿Cómo explicar sus ojos? Aquellos hermosos ojos verdes estaban inyectados de una tonalidad rojiza, como cuando te das un buen toque de mota y los vasos sanguíneos de los ojos se dilatan. Por un momento pensé que me insultaría, quise quitarme los audífonos del *walkman* y dejar de escuchar a David Bowie para hablar con ella, pero no reaccioné. No pude. Medusame convirtió en una escultura humana.

Fueron apenas unos segundos, pero sentí que pasó toda una vida. No había mundo, ni personas, sólo nuestras pupilas entrelazadas; me leyó la mente con ese único contacto visual. Me sentí violado. No emitió ni una palabra, pero me miró fijamente a los ojos. Ella cortó el contacto visual un momento para ver a un niño que pasaba con su madre por la calle y aproveché la oportunidad para cruzar la avenida Constituyentes y llegar al bosque. ¿Vivirá por aquí? Debo decir que he dejado de tener interés en escribir sobre ella. Por ahora creo me concentraré en formar una familia. Ya tengo la edad para esas cosas, ¿no? Necesito un empleo, no un trabajo.

### **Domingo 18 de septiembre de 1988**

No recordaba que tenía este diario. Hacía años que no escribía algo. Entre la vida social y la muerte laboral uno no se acuerda de escribir lo que ve, lo que siente o lo que anhela. Pues, así las cosas: la vida cambia mucho en muy poco tiempo, y en diez años podemos ser otros. El tiempo se me fue encima después de los 18 años y el peso me cambió. Todos cambiamos: la esposa, la familia, los hijos,

el ánimo, el dinero... ¡hasta el departamento!, que se cayó hace unos años con el sismo de septiembre. Ya qué, no vale la pierna llorar, decía mi amigo Iván Galván. A lo que voy: ayer mientras cenábamos Verónica, los niños y yo —Verónica es ahora mi esposa— en el hotel General Prim, una mujer encorvada y agria nos trató de vender una plaquette:

—Disculpe, buena noche, ¿le gusta a usted la poesía? Vea, tengo este poemario a la venta, es escrito por mí. Son sólo 50 pesos.

—No me gusta mucho, en realidad. Casi no entiendo los lirismos —dije yo.

—¿No le gusta la poesía porque no la entiende? ¡Claro!, qué van a saber de poesía los hijos de criada. Un disgusto conocerle, abra paso, irredento, que va pasando la poeta.

Y nos aventó su polvera en la ensalada, mientras se iba a otra mesa a vender su obra ambulante. Pregunté en el hotel quién era aquella mujer, sentí que la conocía.

—Una huésped especial —me malinformaron en la recepción. Quise saber su nombre, pero me dijeron solamente su apellido: Amor.

Si no me equivoco, a ésta ya la había visto, con la otra, con la de ojos de malaquita. Amor. ¡Qué locura de apellido, será la única forma en la que yo encuentre el amor! Después de tres matrimonios y dos divorcios... El amor no me viene mal, aunque sea de palabra.

La seguí hasta la calle, aún conservo la costumbre de seguir locos; la vi caminar con su bastón, abriéndose paso a golpe limpio. Iba gritándole a los demonios grises que la rodeaban:

—El gemible fantasma y la sombra morada de un mulato, que me entinta la plasma, y la sombra de un gato, y el resplandor tenaz de mi zapato.

La seguía un gato negrísimo, con los ojos verdes. En fin, ¿vivirá aún la medusa fulminante de la Alameda?, ¿por qué hará tanto que no la veo? ¿Valdrá la pena leer y reescribir los apuntes de este diario? No creo poder, después de todo, escribir algo sobre estos personajes de la fauna citadina. ¿Qué es al fin y al cabo un loco de ciudad?

### **Sábado 1 de junio de 2019**

Sabía que sería útil anotar cada encuentro con ellas, lo presenté. Desde aquel día, cuando tenía diecisiete y encontré a la Ciudad de México llorando. Ahora, a mis casi setenta años puedo decir que conocí poetas. ¡Qué seres tan desconcertantes, tan engañosos en apariencia!

Pensé que eran unas locas de la calle, y eran poetas. Me ufanaba de ser alguien culto y nunca tuve contacto con su obra. Supongo que siempre nos interesamos en alguien cuando ha muerto. Mi nieto me ha pedido llevarlo al Museo Nacional de Arte, y entre mis abstracciones de pensar monjes del inexistente convento de San Andrés paseándose en las modernas galerías, me topé de frente con un cuadro enorme. Era el autorretrato de una mujer vestida de colegiala francesa. La Torre Eiffel de fondo pintada con unos colores me-

lancólicos y sensuales, tipo Edvard Munch, y unos ojos. ¡Los ojos!, era ella. Era la que conocí primero. Se llamaba Carmen, pero la conocieron por Nahui Olin. Frente a ese cuadro estaba otro, de una mujer menos curvilínea, pero con unos ojos igual de impactantes.

El gesto facial, entre desorientado y gozoso: la mirada en un éxtasis, completamente desnuda y parada sobre la tierra en los inicios antes del mismísimo génesis de la vida.

Profética, sentenciaba con una vara el destino de la raza humana: polvo. El cuadro, hecho por Diego Rivera, era un retrato alegórico de Guadalupe Amor. Extraños seres los y las poetas, pueden parecer un vago, pero saben descifrar la creación y explicarla con unas cuantas frases. Ahora sé que nunca podré entrevistar a Pita, o a Nahui. No las verán más las rosadas calles de cierta zona ni caminarán ya nunca a sus anchas por esta ciudad. Si hubiera sabido quiénes eran, tal vez les hubiera pedido un consejo, un poema, les habría pedido que con uno de sus golpes me hubieran otorgado por ósmosis el don de nombrar la materia y hacerla poesía.

Salimos del museo poco antes de las ocho de la noche y Orlando encontró gatos. Eran negros, y al revisarlos descubrí que no eran ellos, eran unas ellas. Mi nieto me pidió que las adoptáramos, vi su rostro iluminado por la emoción de querer ayudar a otra vida, y le dije que sí. Le dije que sí pese a que me causaban una especie de recelo. En todo el camino no dejé depensar que los ojos de esas gatas eran casi humanos, y que eran los mismos dos pares de tormentas verdes que vi aquella tarde de 1972. No soporto demasiado el contacto visual con las gatas, siento que efectivamente son ellas y han regresado para acosarme y seguirme. Tal vez para matarme. Yo las ignoré, pero siguiéndolas, acosándolas por morbo supuestamente

para tener material para escribir una historia y nunca escribí una novela, una ficción, un poema o un carajo sobre ellas. Y quisiera regresar las gatas a la estatua del Caballito, donde las encontramos.

Sé que es casi imposible, sería una locura que hayan regresado en forma de gatos. Tengo que deshacerme de ellas. Pero, ¿cómo le explico todo eso a un niño de nueve años?

## LOS ÁRBOLES NO LLORAN

---

¿Y quién no llorará *viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían?*

Francisco López de Gómara

*En Tacuba está Cortés Con su escuadrón esforzado, Triste estaba y muy penoso, Triste y con gran cuidado, Una mano en la mejilla*

*Y la otra en el costado.*

Bernal Díaz del Castillo

Los años de vida que tengo me han permitido conocer a los seres que conmigo existen en la tierra, y desconfío de los hombres generalmente. Pero uno, que lloró ante mí, logró conmoverme. Tal vez por eso cuando me cayó encima cansado y balbuceante no me moví. Y no lo hice a pesar de su fuerte olor: no me moví para darle una sensación de seguridad.

Estaba espantada, pero ¿qué otra cosa iba a hacer? Soy muda y gritar no podía. Me limité a escucharlo y a quedarme muy quietecita.

—Si estuviese en la hacienda de mis padres tendría molino, pan, una renta. Tendría a mi madre, que era una santa e de su entrepierna brotó el diablo verde que soy ahora. Si estuviese en Castilla tendría a mi pater: el gran Martín, e lo llenaría de orgullo. Debí escucharlo; debí quedarme en Salamanca haciendo cosas de Licenciados y de Leyes.

Se mesaba con gran empeño las barbas hasta separarlas de la piel del rostro, entre mechón y mechón de barba arrancados gritaba algún nombre, alguna maldición. Se retorció ante mí, era un niño asustado y enfurecido:

—¿Cómo pude haber perdido todos esos mercados, e sus mercadurías tan grandes? ¿Cómo fui a creerle al loco agorero de Blas Botello sobre su predicción y magia que íbamos a salir victoriosos esta nochesi yo mismo vi que usaba un collar hecho de prepucios de hombre? Sigán los ayes si recuerdo los jardynes de Moctezuma, sus 10 estanques con linajes de todos animales de mar y todas esas otras cosas de encantamiento de aquella cibdad. Cosas que sólo conocía por el libro del Amadís. ¡Ay, de Medellín que se queda sin su pródi-go hijo! Si esos malquistos no me hubieran ferido, podría yo, Ferrán, pasarme en una de esas embarcaciones diminutas que llaman chalupas con la vasta fuerza de mis brazos, y huir. ¡Si esa maldita anciana no hubieragritado advirtiendo a los que dormían que huíamos de la infiel Tenochtitlán! Ay, y aquella calzada tan larga, tan amara que no pudo soportar a nosotros y a los caballos. Asy que no es de maravillar si lloro por haver perdido esa cibdad de calicanto en el agua, briosa de cosas nunca vidas e oydas, ni menos soñadas y... ¡Ay, el quinto del Rey que se fue al fondo del lago!

Tembloroso y angustiado comenzó por abrazarme muy fuerte el cuerpo. Se frotaba contra mí, quizá era su forma de pedirme ayuda, de pedirme amor. Era como un hijito. De pronto, el niño que buscaba a una madre, con un salto se incorporó y me escupió. Animal sorprendente el hombre. La bestia clavó su cuchillo después en mí y desafiante me gritó:

—Juro por el hijo de Dios, e por Nuestro Señor IesuChristo e por la sangre hidalga fiera que en mí fluye, juro por Castilla e por Carlos, por mi alma juro que no me esconderé, no huiré de Tenochtitlán, regresaré. E aunque recuerdo con themor la iluminación de antorchas, hogueras e braceros de templos que al verse reflejados en ese lago creaban la visión de las llamas vivas del infierno, e las flechas atravesándonos mientras tambores y cantos en templosnacían, e ny asy me esconderé.

El cuchillo encajado en mi carne vibraba y yo sentía dolor, vergüenza, ira. Quise hacer algo: golpearlo, matarlo, gritar... No pude, y seguí escuchando su furia volcada contra mí en incomprensibles frases.

—Porque estas almas alejadas de Dios me necesitan, porque el oro que ahogó a mis hermanos no me valía el alma como a ellos. Porque haré la América como nadie lo faya fecho: ni antes, ni después. Ny aun mi primo Pizarro. Te prometo, como cuando me salvaste en La Española de la picadura de aquel animal ponzoñoso, si me salvas de estos infieles volverte la gran Señora de las Indias. Los tributos, las flores, las danzas, la música e los poemas para ti. ¡Santa virgen negra de Guadalupe que de los moros salvaste a Castilla, ayúdame a conquistar a los mexicanos! Prometo con mi alma su incondicional amor hacia ti, madre. Así te llamarán, serán tus hijos. ¡Tú que en el río te ocultaste de los moros emergiendo triunfal, triunfal permíteme salir de estas inmundas aguas!

Seguía él en su soliloquio, y los mexicas se acercaban. El hosco barbudo y sus secuaces hedían a miedo y sangre. Intenté alertar a quienes los buscaban sobre la presenciadel intruso que antes pudo

conmoverme. Traté otra vez de moverme, pero fui ignorada.

Pensaron que aquello que iba moviéndose, casi corriendo, eran sólo hojas. Pude escuchar antes de que huyera cómo al borde del llanto decía:

—Fabrè de volver a la Cibdad, e ser Señor de ella. Serás tú la amada madre e yo el odiado padre. *Judicium domini aprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum!*<sup>3</sup> Y habrá de caer ese diablo Huichilobos a los pyes de la siempre Virgen de Guadalupe.

Intenté decirles a quienes lo seguían por dónde se habían ido, pero siendo muda no pude gritar, me invadió la frustración. Dicen que los árboles no sentimos, pero yo sentía rabia y dolor. He visto con los años el arma incrustada en mi piel de ahuehuete oxidarse poco a poco, recordándome que aun llorosos e infantiles no puedes permitirte el lujo de confiar en los hombres.

---

3 El juicio de Dios los sometió, y la fuerza de mi brazo lo confirmó.

## ADELFOPOIESIS

---

A Sergio Loo, que no conocí.

*Angustia tengo por ti, hermano mío Jonathán, que me fuiste muy dulce: más maravilloso me fue tu amor, que el amor de las mujeres.*  
II Libro de Samuel, 1:26

Mis días, los anteriores a la cirugía, los anteriores al ring, los anteriores a Jano, si lo juzgo bien, malos no fueron. Quisiera aclarar que eso no significa que hayan sido felices o llenos de satisfacción, pero malos no fueron. Nueve meses después de redondear la suma de los años de mi existencia (involuntaria) a cuatro décadas, me obligó (esa es la palabra: obligó) a visitar al médico familiar de cabecera. Él atendió a mi abuelo cuando moría de hepatitis B, atendió a mi padre cuando el cáncer le pudría la piel, y me atiende ahora a mí. Tal vez algún día consulte a mis hijos, ojalá aún pueda tener uno.

El médico, de origen alemán, me chingó el orgullo de dos formas incomprensibles. La primera al sobajarme cuando introdujo su ancha falange índice en mi recto. *Santa Juana de Arco, patrona de las víctimas de violación, ayúdame a soportar la burla y el escarnio, ayúdame a soportar ese dedo intruso en mi cuerpo.* El otro golpe fue más artero, nada, ni siquiera la muerte de mis padres me había sacado de mi estabilidad. Nada. «Hay golpes tan grandes en la vida...» ¡Yo sí sé, Vallejo, yo sí sé! *A la vista de mis enemigos, ante el acoso de los que no comprenden tu grandeza en mí reflejada, ante las burlas y la duda, en la llama que devora y pu-*

*rifica, mantenme firme, santa Juana de Arco.* Me diagnosticaron cáncer en el pene en avanzada etapa. Para mi puta suerte el cáncer se puede originar y desarrollar en cualquier jodida parte del cuerpo, y a mí me tocaba ser parte de ese diminuto porcentaje a quienes sus células se les multiplican y forman metástasis en la verga.

El cáncer empieza cuando las células en el tejido del pene crecen de manera descontrolada y sobrepasan en número a las células normales, lo que dificulta que el cuerpo funcione de la manera en que debería hacerlo. Recién me dijo Dyck que me habían encontrado una úlcera grado cuatro y me hicieron un primer corte que no prosperó porque el cáncer era progresivo. Ya sabía yo que lo siguiente era amputar el miembro completo, así que por mi salud me resigné, aunque sin aceptarlo. Como una especie de «Pichulita», pero a los 40 años, lo que me hacía sin duda más patético que Vargas Llosa y su personaje. Dyck me explicó un procedimiento mediante el cual conservaría mi uretra, la que sería cubierta después por una especie de pene hecho de mi propia grasa y tejidos de abdomen y piernas.

—Para salvarte la vida, hombre, es necesaria una amputación de la parte afectada por el cáncer. Un cirujano reconstructor podrá armarte un pene nuevo.

—¿Y podré tener erecciones, podré seguir eyaculando? —le pregunté.

—Bueno, eso yo no lo podría asegurar, David, pero los especialistas que tenemos en este hospital son los mejores del continente, tal vez del mundo. Yo diría que podrás seguir cogiendo a diestra y siniestra, y escupiendo, además.

—Pero, ¿y si nunca más puedo tener ni siquiera una erección, si no me sirve después ni siquiera para ir a mear al puto baño?

—Ya, ya, ¿quieres vivir o quieres coger?

—Hace apenas dos horas podía hacer las dos cosas, sin tener que escoger una o la otra. ¿Por qué me está sucediendo esta mierda a mí? ¿Esto es un castigo por coger indiscriminadamente como si fuera mi misión en esta tierra yerta?

Dyck (que es menonita, por cierto) no fingía ni pretendía escuarme. Mientras yo me lamentaba, él sacó y llenó los formularios necesarios. Papeles de distintos colores. El amarillo para la responsiva médica; el azul, de renuncia a demanda; el verde, el contrato de seguro de vida; el blanco, archivo clínico. Luego llamó al jefe de oncología; firmé los formularios, estaba solo.

No tuve quién esperara por mí en la diminuta sala las doce horas que duró la intervención en mis genitales. La penectomía consiste en la extirpación parcial o total del pene enfermo, en algunos casos debe procederse a la extirpación del escroto y testículos (emasculación), con el objetivo de intentar la curación del paciente y la desaparición de los síntomas derivados de ella.

Habitualmente se plantea la necesidad de la extirpación del pene por padecer un tumor en esta localización. Poco más de veinticuatro horas después de la operación, la anestesia salió pesada y tardía de mi organismo. Quise orinar, pero ya no tenía pene y me oriné en la cama, porque era un bebé: un bebé mutilado y solo. La amputación se realiza en la piel peneana o penoescrotal (en caso de penectomía

total o emasculación). En este caso se requiere el abocamiento de la uretra al periné y ésta se une por medio de hilo al muñón de pene restante.

La amputación de pene puede acompañarse de linfadenectomía, una disección de los ganglios linfáticos para ver si también los ha invadido el cáncer. Este procedimiento médico requiere la administración de anestesia y es posible que durante o después de la intervención sea necesaria la utilización de transfusiones de sangre.

¿Es eso tiempo suficiente? Y adiós a mi moreno y venoso pene que tantas veces fue fotografiado por las manos y ojos libidinosos tras un lente. *San Sebastián, tú que atado a un tronco recibiste las flechas de Diocleciano en tu pecho cantor, ayúdame. Tú que recibiste el desprecio y odio después del amor del emperador que prefirió matarte antes que aceptar a tu Dios, ayúdame a encontrarme. Tú que entregado a la fe gozaste la muerte y en el suplicio de la penetración de las flechas encontraste el orgasmo; mantenme firme en mi propia guerra.*

Así pasaron primero los días, luego las semanas y después los meses; con ellos las cirugías y las vacaciones en el hospital. Después de casi dos años tengo ahora un pene hecho de grasa y que ni por error tiene una erección. Tuve mucho tiempo para hacerme preguntas, que me eran más o menos incómodas: ¿a qué puede dedicarse un hombre que fue tan macho cuando le despojan de su supuesta arma? *Santa Juana de Arco, pon tu espada de llama cauterizante sobre donde yació mi endeble puñal, y mantenme firme. En el abandono, o en la soledad, en la falta de amor, cabalga juntoa mí, Santa Juana de Arco.*

Las mujeres me siguen gustando, pero yo no les gusto más. Si co-

nozco alguna, retraso, en mi escasa medida, la consumación carnal de la conquista. He intentado satisfacer con la lengua; al hablar y al degustar su húmeda alma. O con mis diez dedos, virtuosos todos ellos, pero impotentes. Dedos, lengua, labios, son insuficientes. Tímidos dedos, una mediocre lengua dentro de la vagina. Mágica. El lugar del origen del placer y de la humanidad.

No hace tanto, Sandra, una joven que conocí en el metro me llevó a su departamento de estudiante. Conquistar ahora es más importante que nunca para mí, y si es joven vale por siete. Ella, con sus pecas distribuidas en su piel de papel de arroz, no sabía sino arrugarse conforme pasaba mi lengua entre pliegue y pliegue de su dermis blanquísima. El éxtasis, una Santa Teresa trezada al orgasmo, pero cuando ella, como las otras, llevó la mano a mi bragueta tuvo una desilusión. ¡Encuentran una masa de carne con forma cilíndrica, falsa e inútil! ¡Me transformo de un apuesto hombre a un charlatán usurpador!

Sandra, lo recuerdo como si pasara de nuevo, me llamó «maricón». Me preguntó si era travesti, me gritó preguntando qué carajo era yo. Sandra se enfureció tanto (lo recuerdo todavía). Gritaba cosas que nunca pensé escuchar. Seguía y seguía, supongo que quería burlarse de mí, pero yo quería tenderme en el piso entre sus piernas para poder explicarle, mientras le besaba la vulva, que tengo muy mala suerte y me quitaron el pene. Sentía los golpes de un cenicero de vidrio en mi cabeza. Había sangre que me escurría. Me acuerdo también que corrí por unas casi eternas escaleras.

Fueron ciento veintiocho peldaños en total, sentía la adrenalina fluirme por primera vez en años. Sé que está mal, soy una mierdósi-

ma, pero desquité toda mi ira contra el primer sujeto que me topé en la calle. Soy una mier-da. En la primera esquina después de dejar atrás el edificio de Sandra, encontré a un hombre, más o menos en forma. Decidí que era el indicado para sacar la rabia y la adrenalina. Lo golpeé con saña de adolescente en el rostro, cayó al piso y le pateé como en un trance, innumerable cantidad de veces. Corrí, corrí, corrí, me acuerdo. Corrí sintiéndome un hombre de nuevo. Uno energético y valioso después de eso. No luché contra Sandra o contra un hombre ese día, ¡luché, le di una golpiza al cáncer!

Desde hace más de dos años, a mi consulta con Dyck llevo mi cuadro de Santa Apolonia. Él es protestante y no sabe de santos. Ya le he explicado que la palma en la mano izquierda de ella representa su martirio, es decir su posición de mártir. *Santa Apolonia, tú que antes de rechazar el destino cruel y mortal lo abrazaste, no temiendo la muerte te arrojaste, tú misma, a la hoguera, no me dejes ser osado y enciende en mi corazón la llama del valor.*

—¿Y las pinzas con el diente, por qué lleva esos objetos y no una biblia? —mepregunta a veces mi doctor. Yo siempre tomo aliento, lo suficiente para elaborar, de un tirón, una larga oración que pueda explicarle a mi amigo su pregunta.

—Doctor, el diente se dibuja en la representación de Santa Apolonia dado que cuando se le pidió negar a Cristo con la boca, ésta lo bendijo y maldijo a los dioses romanos. El pueblo entero de Alejandría la martirizó sacándole todas las piezas dentales una por una mientras estaba viva.

—Ah, claro, entiendo, sí, sí. Entiendo, sí, sí. Ella lastimó a los dio-

ses romanos con la boca, en la boca recibió el castigo, ¿no, David?

—O así suelen justificar la leyenda, y sus representaciones gráficas y pictóricas, que me fas-ci-nan.

—¿De verdad? A mí suelen darme más bien desconfianza, miedo y una mezcla de horror y angustia. Es tremendo de los católicos el culto al dolor.

—¿Usted cree, doctor? Oiga, hablando de dolor. Verá, hace mucho que no hago deporte, pero el otro día... Bueno, me sentí estu-pendo con un poco de actividad física que tuve, casi sin querer.

—Venga, David, si eso te ayuda a distraer tu mente, adelante. No creo que le haga mal a las heridas del nuevo miembro, pero por si las dudas practicarlos con moderación, ¿eh? ¿Ya sabes qué ejercicio practicarás, tienes idea?

Y así decidí entrar a un equipo de entrenamiento de box. Quizá no fue lo pensado en primera instancia, pues la lucha grecorromana, que practiqué en la universidad, me seducía más. En consulta, Dyck me aconsejó ir a un polideportivo del cual él era socio, me aseguró que había varios grupos deportivos de pacientes con cáncer y otros padecimientos. Según él, practicar con otros mutilados y semimuertos me animaría. Me afilié al polideportivo sin pensarlo mucho. La primera vez que subí al ring me sentí como encima de la pirámide del Sol, o desde lo más alto del Empire State de New York; una especie de asombro y vértigo. El entrenador es joven, no llegará a los treinta años. Se llama Janno, tiene dos hijos y su rostro luce añinado todavía, me gusta su cabello color zanahoria. Me agrada.

Cada clase con él es mejor que la anterior, aprendo nuevos movimientos, porque además de boxeador sabe lucha grecorromana, así que podemos practicar ambas. Sus puños son una rosa que golpea mi cabeza. El primer día que me entrenó, él ganó por knock out.

Estoy parado sobre la esquina del ring, y mientras cuento todo, Janno prepara sus manos para coronarme de golpes. Se acerca, me acerco, nos trenzamos en un intercambio de puñetazos e insultos. Nos retorremos tanto al liarnos a chingazos que hacemos un mismo color a partir de los jugos de ambos cuerpos. Intercambiamos también colores, el blanco de mi piel se hace morado y su color moreno apiñonado se torna en un ambivalente lila-amarillo. Después, un mismo azul y nos miramos como el lobo mira al hombre, porque el hombre es el lobo del hombre: fijamente a las pupilas, tratando de desangrar al otro por medio de la mirada.

Esta pelea nadie la ve, y ninguno de los dos se podría proclamar ganador aún. A puerta cerrada, el mundo se detiene para la recreación. Janno es, en cierta forma, mi pene perdido y mi mejor amigo del grupo de los insanos. *Oh, Señor, no lo apartes de mí. Como cuando tus apóstoles Felipe y Bartolomé se unieron, no por la ley, sino por comunión en el Espíritu Santo. Por gracia de San Sergio y San Baco, guerreros romanos, mártires y mejores amigos: por su amor y compromiso, permítenos estar juntos, sin odios y sin celos. Sin peleas o rivalidades, sin envidias y sin reclamos. Sin escándalos durante el resto de nuestras vidas. San Sebastián, San Sergio, San Baco, Santa Juana de Arco, Santa Wilfrida barbuda, San Nearco y San Agustín, doctor de la Iglesia y padre del pecado; intervengan por mí...*

No termino nunca de implorar, cuando Janno me aplasta el rostro con su guante como Joe Louis hizo mierda al prototipo de la raza

aria: Max Schmeling. En el ring, o abajo de él, sus puños me coronan. Me humedezco en los ríos de sudor que se tienden entre él y yo. Janno me derriba, pasa sus brazos entre mi cintura.

Ya no estamos boxeando, ahora es una lucha cuerpo a cuerpo. Me inmoviliza con un abrazo. Jadeo. Logro zafar un brazo y lo llevo a su amoratado pecho. El ritmo de su corazón en mis manos, ya no hechas puños, ahora son garras con las que me aferro. Nuestros muslos se rozan, sus manos no cesan, siguen golpeando y golpeando. Caigo a la lona del ring, me somete. Intercambiamos texturas y salivas por medio. Está prohibido, pero al pensar mi siguiente movimiento lo muerdo, sangra, y un hilillo le recorre la piel desde el labio a la tetilla derecha. Estamos ahora más cerca, podemos escuchar el bombear sincronizado de los miocardios. La luz que forma un cono sobre nuestras cabezas se corta con violencia y nos baña por periodos cortos de oscuridad, densa, pesada.

Sólo hay una regla entre nosotros: el que pierda tiene que dejarse comer por el otro. Y a mí me está gustando perder. *San Sebastián, por el dolor de tu agonía con las flechas en tu cuerpo, enséñame a gozar el dolor en la carne y así alcanzar el orgasmo místico.* Y es que sé que este nuevo encuentro será corto y dulce, como la pelea entre Jack Dempsey y Luis Ángel, el Toro de las Pampas, pero debo concentrarme en mantener fuerte mi defensa, no dejarla expuesta buscando un *knock out* que derrumbe a Janno. No debo de ser un Billy Conn cayendo ante un Joe Louis. No puedo serlo, quiero ganar esta vez. No debo decir que siento, por ejemplo, un calor en los músculos que me quema. Es un calor envolvente, sofocado, como si estuviera en las malditas Filipinas, y recuerdo que así pelearon Frazier y Muhhammad Alí. Pese a la asfixia que se siente eróticamente bien, lo mismo que descon-

certante, debo seguir los asaltos, levantarme, no dejarlo entrar, no lanzar la toalla, seguir peleando.

¡Quiero seguir!

Justo cuando siento que el hijo de perra me ganará, consigo hacer unos milagrosos cambios constantes en el oleaje de mis golpes. Continúo peleando, para unificar la división entre Janno y yo. Me confío demasiado y Janno me lleva como Sugar Ray a Hagler hacia la esquina del ring, y con un supremo *jab* me hace llegar a la semi-inconsciencia. El jab, o golpe directo de izquierda, es el golpe más largo en el box, aunque por lo regular es más bien débil. La función es mantener a «distancia» al rival, probar sus reflejos y la defensa del contrincante para intimidar, para distraer, para detener. Janno tiene los ojos azules, de una tonalidad de un perro husky y de cerca me distrae, no tanto su técnica, sino él.

Observo su músculo vasto externo izquierdo, y luego a sus extensores hasta dejarme pensando en Julio César Chávez y Meldrick, y me siento morir, como que llego, o me vengo, o me voy. A dos minutos de hallar la gloria. Sin duda hay un ritmo de pelea despiadado, se nota en la agilidad de este muchacho enérgico. Esto termina en el décimo round, porque Janno, luego de caer dos veces por mis golpes, me conectó una serie de ganchos y derechazos de-vas-ta-do-res, que me dejaron indefenso en las cuerdas. Tras levantarme por, ¿undécima vez?, escupo mi protector bucal. Me beneficio de una pausa (no oficial) de cinco segundos en los que recupero apenas los sentidos. La lámpara, hecha un péndulo, se queda sin luz y nos quedamos a oscuras.

Nos dejamos caer ambos, agotados. Acostados sobre la lona, ya sin pelear, siento cómo se despoja de los guantes y comienza a jugar con mi lacerado cuerpo. Janno empuja con violencia mis glúteos hacia él. Describiría lo que hace, pero como lo dijo otro devorador, *confundidos cuerpos y labios, yo no me atrevería a decir en la sombra: esta boca es la mía*. La pelea del siglo es entre él y yo, porque, entre hombres, todo es un combate.

## NUEVA HISTORIA DE DOS CIUDADES

---

En la frontera entre dos países comparten el mismo río dos ciudades. Dichas ciudades son Detroit y Windsor, o Juárez y El Paso, o Buda y Pest o Montevideo y Buenos Aires.

Para protegerse de sus temibles vecinos, cada ciudad construye un inmenso muro sobre el río compartido. La altura del muro logra cubrir con su sombra, a determinada hora del día, a la otra ciudad.

¿Hubo paz?, no. Hubo zozobra y paranoia en ambos lados. Cierta día, un niño escala el muro y con ese ligero peso, el muro se desploma, cayendo sobre lo que protege. Las ciudades desaparecieron, el río se enturbió y el niño se fue anunciando el reino de la espiga a los escombros.

## LA LUMBRE DE MATA ORTIZ

---

A nosotros nadie nos pidió permiso para asentarse en nuestras tierras. Llegaron, y sin más, quisieron que fuéramos sus esclavos. Llegaron y entonces le quitaron el nombre que ya le habíamos dado a los cerros, a los ríos y a los parajes. A nosotros nos llamaron «indios»; poco a poco, y por idiotas, nosotros nos fuimos repeliendo al norte, queriendo huir de ellos.

Además de invasores, los nakaiyé<sup>4</sup> son crueles. Quién sabe por qué, pero decidieron que nosotros éramos unos salvajes y que no teníamos espíritu o alma, como lo llaman ellos. Poreso le pusieron un precio a nuestras hermosas y negras cabelleras, por eso decidieron matarnos a sangre fría, aunque nosotros sólo defendíamos lo nuestro.

Dicen que somos salvajes. Dicen que somos unos bárbaros, pero a donde llegan ellos acaban con los árboles, destruyen los campos, orinan y defecan en los ríos. ¿Es eso la civilización? Prefiero mis montañas, mi sol, mi agua fresca: mi barbarie, como dicen ellos.

La verdad es que les hemos ido ganando en su juego, aunque ellos no lo sepan. ¿Quién de todos los nakaiyé podría pasarse de un caballo a otro mientras los animales corren a todo galope? Esos animales son maravillosos, hemos aprendido a dialogar con ellos. A nosotros los caballos nos obedecen sin tener que golpearles.

Hoy mi pueblo está de fiesta. Vamos a celebrar en lo alto de este cerro que terminaremos con la vida de un nakaiyé perverso. A este gordo maldito quiero verlo aullar como coyote por el dolor que nos provocaron hace no mucho, en una de nuestras fortalezas que in-

---

4 Nakaiyé significa «pelusa», «mestizo» pues, en navajo.

cha<sup>5</sup> llaman Tres Castillos. Allí fuimos atacados.

Aquella ocasión mataron a Bidu-ya, a quien le decían «Victorio», y yo, Juh, juré venganza. Teníamos que desquitarnos por los hombres muertos, por los niños vendidos y por las mujeres capturadas, violadas y luego vendidas también. Odio al cara de perro flaco de Joaquín Terrazas, ese maldito me las pagará también algún día, pero hoy nos la paga el capitán gordo de Juan Mata Ortiz, el que le disparó a Victorio.

Tal vez a los Terrazas no los pueda tocar, pero le juré hace tiempo a mi nación N'dee algo: para el capitán gordo no habrá balazos, no le llegará la tajzaj<sup>6</sup> rápida por los cuchillos. Tampoco va a morir con lanzas, ni con flechas; para Juan Mata Ortiz, para él... ¡la lumbre exterminadora!

—Mata Ortiz, tú que intentaste con un falso tratado de paz engañarnos —le dijo al

cobarde—, eres el peor de los nakaiyé. Antes de que te enviemos a jsniri<sup>7</sup> te contaré un

secreto: nosotros estuvimos aquí mucho antes que ustedes, y seguiremos mucho después de que ustedes se vayan. ¿Te creías dueño de la tierra? ¡Ella es dueña de ti! Así como la mañanase levanta y el sol surca por los cielos del creador, nuestro pueblo se alza con las armas, al

calor de la lanza, el cuchillo y las flechas. Peleamos por nuestro pueblo. Peleamos por nuestros hijos. Peleamos por nuestro futuro. Tú pudiste ser perdonado y decidiste tu suerte. Ahora que arda tu carne, tus huesos y tu memoria hasta que te hayas purificado con el kou kon<sup>8</sup>.

5 Incha significa «ellos».

6 Significa «muerte».

7 Dios.

8 Fuego.

## LA NOVIA DE CHIHUAHUA

---

Lo peor que han dicho de mí es que era falsa. Claro, ¡como todos se creen Santo Tomás, hasta no tocarme no creen, pero yo soy real aunque digan lo contrario. Yo soy Pascuala PérezEsparza, pero me dicen Pascualita porque mi madre era Pascuala Esparza. Mi mamá —a quien extraño tanto— era vendedora de vestidos: vestidos para primera comunión, para quince años, ¡vestidos de novia! Me encantaban los vestidos de novia, conocí a todas las novias de Zacatecas cuando yo era una niña.

Más que el matrimonio, lo que me fascinaba era la idea de ser yo la que usara un hermoso vestido blanco. Mi madre haría el vestido más hermoso nunca hecho en todo el mundo: tela de encaje schiffli para mi pecho, con un escote barco y con unas mangas tres cuartos hechas con tela de encaje, y una delgadísima tela gasa transparente para completar la manga completa. Una falda amplia de tul, con fondo de mikal, forrada de más tul y con un cierre lateral. Mi vestido tendría sedas de la India en el brocado del corsé, telas de encaje y perlas en la mantilla, una cola hecha con tela chantilly bordada por diminutos duendes expertos y un velo finísimo, un velo salpicado de cristales que usaría la virgen en el día de la ascensión.

Ya no recuerdo ni siquiera el nombre de mi novio, fue hace casi cien años, y ni siquiera recuerdo qué pasó exactamente el día de la boda. No llegué a la iglesia, eso sí lo recuerdo, pues me acuerdo de haberme puesto mi hermoso vestido. Viene a mi mente un destello de memoria: yo asfixiándome en los brazos de mi madre. Luego, la oscuridad nupcial.

Mi madre no pudo desprenderse de mí, y prefirió embalsamarme antes que condenarme a ser comida por los gusanos. Dejamos ese pueblo de Zacatecas y llegamos a Chihuahua. Primero, como dos años si mal no calculo, estuve en una recámara especial, en una pieza al lado de la de mi madre. Por las noches, después de que ella llegara tras atender su nueva tienda de vestidos, yo trataba de mover la cola de mi vestido como tratando de decirle:

—Mamita, llévame contigo a la tienda. ¡Cámbiame de vestido, ya me cansé de éste! ¡Báñame, madre, me siento sucia!

Por fin un día de la Encarnación, día de su santo y mi santo, me llevó a su tienda. Con cortinas y biombos me apartó de los demás maniqués y me colocó en el escaparate principal. Desde el cruce de las calles Victoria y Ocampo veía yo a Chihuahua. Era la década de 1930 y el pueblo se transformaba en ciudad de a de veras, yo soy testigo. Una noche, un joven tartamudo, mientras me veía, logró apreciar que yo le guiñaba un ojo. El pobre se fue de espaldas por el susto y cayó en un charco. Era Miguel Aceves Mejía, yo lo recuerdo.

Me acuerdo también de unas chiquillas que vivían en la calle Libertad, y desde que amanecía hasta que se metía el sol de plomo, aquí estaban ellas. Intentaban ver el momento exacto en el que yo me moviera, y sólo una vez les di el gustito. Eran las hermanas Aguirre: Elsa y Alma Rosa. Alma soñaba con ponerse mi vestido, Elsa se sorprendía con mis perfectas manos.

Me gustaba que fuera a visitarme una adolescente alta, con facciones casi masculinas y de voz grave. Se llamaba Luz Elena. Ella me decía santita, y me pedía que un día tuviera un esposo que la amara tanto que no le importara que ella quisiera ser artista. No la pude ayudarme del todo, pero estrella y leyenda, sí fue, y es. Como yo.

Ella era Lucy, pero los demás le decían Lucha Villa.

Me gustó siempre que los chihuahuenses, en familia o en solitario, pasaran horas contemplándome. Recuerdo que una pareja discutía frente a mi escaparate, y que el machito encolerizado accionó el arma contra ella. Como pocas veces, moví la cabeza y fijé mis ojos en ella. Saqué fuerza de no sé dónde y la traje de regreso a la vida. Ella no moriría, no frente a mí.

Alguna vez un santero llegó a mi amada Chihuahua y, con sus secretos de nigromante, me regresó el movimiento pleno. Tal vez sólo era por las noches, pero recuerdo con mucho amoresegundo novio que me llevaba del brazo por la Ocampo hasta el Paseo Bolívar, luego a la Juárez y terminábamos caminando por la avenida Zarco. Disfrutábamos de las casas estilo francés que se edificaron durante el porfiriato. Es seguro que no podríamos ir a Europa, pero allí estaba mi cachito de París. Allí estaba yo con él.

Por algunos años me vieron llorar, y es que al irse mi novio mago, se me fue la esperanza devolver a casarme. ¿Dónde estará él ahorita?, sigue un poco en mi corazón. A veces pienso que ya murió y que me espera en algún lugar, un lugar que no es este limbo entre la vida y lamuerte en el que estoy.

Extraño tanto mi ciudad, ver a los niños usar botas y sombrero, ver el rostro de los sorprendidos, hasta extraño a los turistas. Añoño el olor a banderillas, carne seca y quesoque llegaba desde el Mercado Reforma hasta mi esquina. Me estremece recordar a los

conjuntos norteños que me llevaban serenata, y las flores y veladoras que me regalaban. Todoeso lo he perdido.

Me trajeron a la Ciudad de México para exhibirme junto a otras leyendas. Me colocaron en una urna de vidrio enorme, y fui rodeada de rosas, todas las luces sobre mí. Ninguna otra leyenda de México puede ser palpable, como yo, y por eso fui la reina de la exhibición. Labeledad cansa: tener tantos y tantos ojos sobre mí me atemorizó. ¡Imagínense, Pascualita asustada! Cuanto más quería volver a mi casa, más lejos me sabía.

¡No entiendo cómo me dejaron salir de Chihuahua así como así! Yo, que tantas generaciones vi crecer. Miles me llevaron a sus hijos, luego a sus nietos y hasta a sus bisnietos para platicarles de mí, y ahora estoy privada de estar entre los míos. ¡Que me entierren mejor! A ver si ya descanso de una vez.

Se acabó la exhibición, pero no se acabó mi angustia y miedo. Fui vendida, como tantas otras mujeres, pero ya no para seguir en una tienda de vestidos o para modelar vestidos de alta costura. El dinero en exceso daña a las personas, y el enfermo que me compró por cientos de millones de pesos para tenerme en su sala debería estar preso o muerto.

Él me golpea cuando llega ebrio, me abofetea y me exige que hable, que cante, que recite poesía. Ha roto ese sandio dos de mis dedos, para cerciorarse de que fui alguien, de que no soy algo, de que no soy un maniquí de cera. Es un perro conmigo, ha intentado penetrarme, me ha sobajado de mil formas e incluso arrancó uno de mis pezones. Nunca, como ahora, me había sentido un objeto. Aquí nadie me baña, ni me han peinado en meses. Ya ni hablar de cambiarme de ropa. Quiero llorar, a veces, porque las hilachas de mi vestido me recuerdan que en una calle llamada Victoria solían visitarme risueñas jovencitas para pedirme ayuda, para llevarme

amor. Esta casa es muy fría, y aunque hay un jardín de miles y miles de metros cuadrados, no he pisado ni una sola vez el pasto. Es más, quiero decirles que no me da el sol, y me estoy poniendo más pálida.

Quisiera que supieran también que el barragán que me mantiene secuestrada —hay que llamar a las cosas por su nombre—, me ha quemado con colillas decigarro el rostro, las manos, el pecho. Cuando regrese, no podré ser la misma, para que no se asusten al verme. Sobre aviso no hay engaño, decía mi Juanga.

Quiero decirles, por último, a todos los que me vieron o desean verme: si es posible, reúnan dinero. Serían cientos, quizá miles de millones de pesos, pero estoy sufriendo y deseo ser libre de nuevo. La única forma para regresar es que paguen por mí. Creo que lo valgo, paguen mi rescate, porque no soporto estas humillaciones, este peregrinar sin sentido, estar lejos de mi casa. Regréenme a Chihuahua, donde fui feliz. Ayuda.

## LA TERCERA RAÍZ

---

De lejos, de muy lejos, de tierras muy lejanas. De tierras muy muy lejanas, de lejos, de muy lejos, de tierras lejanas lejanas, de allá vengo. No quiero ni mencionar mi antiguo nombre, pero diré que de lo que llaman África, de allá vengo yo. De allí venimos todos los humanos,quíéranlo o no.

De allá lo que más añoro es a mis padres, y el petricor. Allá era un príncipe, pero el Rey de Portugal con sus soldados nos quitó la posibilidad de ser. Nos capturaron y nos llevaron en un barco, luego mi padre fue vendido por dos costales de especias, mi madre por maderaspreciosas y a mí me vendieron por unas piezas de oro.

Si no me hubiera convertido al cristianismo, me habrían vendido a los árabes, o me habrían matado. No he dejado de creer en mis dioses, porque ellos me han permitido sobrevivir milveces. Convencí a Martín Garrido —mi «amo»— de que yo era un piadoso cristiano, y cuando le salvé la vida de morir ahogado en la mar me hizo un hombre libre.

De Castilla yo no quería nada, pero desde Portugal no podía salir por barco. Quería ir a las Indias para ver con mis ojos a las amazonas y las tales ciudades de oro, y para que nunca más, por ser negro, intentaran hacerme menos. Martín Garrido me llenó la cabeza de sueñosde gloria, y como no tenía nada que perder salvo la vida...

Antes de conocer a Hernán Cortés, trabajé con y para el valeroso pero iluso Juan Ponce de León. Con Ponce descubrí la Florida, y allí

buscamos estérilmente por años la fuente de la eterna juventud. Esa fuente no la descubrí, pero la fuente de la libertad sí: ser soldado para Castilla era ser libre.

Cuando entré junto a Cortés y los demás castizos a la gran Tenochtitlan, quiero contarles, los mexicas se sorprendían de mi altura, del brillo y del color oscuro de mi piel, del blanco de mis dientes que se diferenciaba tanto de los dientes de ellos y de los del resto de los soldados. Me gustaba que nos dieran collares de flores, más que los de jade y los de oro. Creo que nos daban esos collares por nuestro olor.

Por mí, me hubiera casado con una mexicana, y con gusto habríale hecho uno, dos, tres, cuatro y los hijos que Dios me mandara, pero los planes de Pedro el Tonatiuh y de Cortés eran otros.

¡Qué ciudad Tenochtitlan, una locura! Ni Sevilla, ni Mbanza Kongo eran así de bellas como lo fue la ciudad de agua. Lástima por ustedes que no sabrán nunca cómo fue.

De los negros y de mí, Juan Garrido, nadie habla. Nadie escribe. Yo fui el primer negro de la Nueva España, de México. Les guste o no. Por eso soy el padre de todos los afro-mexicanos, aunque muchos de ellos acaso conservan uno u otro rasgo de mi sangre. A diferencia de mis compañeros, yo no maté viejos o mujeres, ni niños. Sólo guerreros y hombres.

Me sigue quemando por dentro el recuerdo de la noche triste. Siguen en mi cabeza los lloridos de Botello para que le hiciéramos caso de salir aquel miércoles. Recuerdo cómo de un flechazo cayó herido Blas, durante la huida, y lo tomaron los mexicas. Quise salvarlo, pero al Capitán Hernán también lo tenían sujeto: ayudé a Cortés.

Si esa noche hubiera salvado a Botello, quién sabe qué sería ahora de nosotros. Cristóbal de Olid lo odiaba tanto, a mí me hacían gracia sus refranes y dichos. Lo que sí: si esa noche no hubiera salvado a Cortés, ni yo ni ustedes estaríamos o seríamos. Si yo, un negro castizo y libre no hubiera salvado a Cortés, no habría México.

Pienso que, para haberle salvado la vida, fue muy malagradecido por parte de mi Capitán que me diera un solar junto al de él, pero tan pequeño en comparación al suyo. Nunca supe si fue un premio o un castigo disimulado. Tal vez él quería morir esa noche, y yo no lo dejé morir. Aunque me odien: si triunfó y vivió Cortés, es por mí.

Aunque salvé a Cortés, me duele haber perdido a tantos amigos. Me dediqué por años a juntar huesos de los ahogados, de los muertos, de los mártires para darles cristiana sepultura, aun cuando yo no creía del todo en su Cristo. ¿No les he contado que además de ser conquistador, sembré el primer trigo, y horneé el primer pan de América y de México?

De mí, de mi raíz, salen y comen todos. Lo acepten o no. De mí deben saber que fui lo que quise ser: libre. Y aunque junté yo tantos huesos, me alegro que los míos se hayan perdido en el tiempo y que, si saben de mí, es sólo porque yo, Juan Garrido, he querido contarlo.

## LA CIUDAD DE LAS CIFRAS

---

*Bajo la mortaja de las leyes humanas, duerme la masa mundial de mujeres, en silencio eterno, en inercia demuerte, y bajo la mortaja de nieve son la Iztaccíhuatl, en su belleza impasible, en su masa enorme, en su boca sellada por nieves perpetuas, por leyes humanas...*

Nahui Olin

Teníamos casi dos semanas sin hablarnos, quiero decir, sin escribirnos, sin llamarnos, sin buscarnos. Martín vino a pedirme ayer que nos viéramos hoy, que por ser el día de San

Valentín lo intentáramos. Que lo hiciéramos por nosotros y por Mateo Alejandro, nuestrohijito.

—Va a ser 14 de febrero, y estaría padre que hiciéramos algo, ¿no? Por nosotros, bebé, por nuestro chiquito —me dijo él.

Me pareció que él estaba en lo correcto, así que le dije que sí. Pasó a recogerme muy temprano, le pedí a mi mamá que cuidara al niño, y me fui con él en su Jetta rojo. Él me dio un ramo de rosas amarillas y me pidió disculpas por lo que él llamó «no saberme tratar como me merecía». Estaba tan emocionada, me hizo sentir otra vez mariposas en el estómago y grillos en el corazón. ¿Habría cambiado por fin? Durante el viaje en el auto, charlamos y nos pusimos al tanto de lo que habíamos hecho en estas dos semanas.

Llegamos a su casa (la casa de su abuela en realidad), subimos a la segunda planta, donde estaba su habitación. No había flores, ni vino, ni nada sensual o romántico en aquel cuarto. Apenas entra-

mos, me arrojó a la cama para después cerrar la puerta con llave. Empezó a tratarme muy rudo, empezó a lastimarme y me desvistió mientras me daba zapes.

—¿Así les gusta que las traten a ustedes, no, perra? Lámeme la suela —me dijo Martín y, golpeándome, me hizo salir de la cama e hincarme para poner mi lengua en la suela de su bota.

De mi cabello se había sujetado él, y dándome un enorme tirón con el cual casi me arranca elcuero cabelludo, me hizo ponerme de pie. Me escupió en el rostro, me abofeteó y me empujó de nuevo a la cama. Me penetró primero por la vagina, pero dijo que yo lo estaba disfrutando y que sólo él podía disfrutar. Yo nunca había tenido sexo anal.

—¡Soy la madre de tu hijo! —intenté hacerlo entrar en razón.

—Eres una perra traicionera y vividora —me recriminó a la vez que me colocaba boca abajo. Después me violó analmente: fue un dolor terrible, como un hierro ardiendo en las entrañas, abriéndote.

Él se molestó porque grité de dolor. Dijo que me debería de sentirme agradecida de tenerlo a él como hombre. Siguió haciéndome daño, buscando sólo satisfacerse a él mismo. Yo gritaba y gritaba, él me estrangulaba y me abofeteaba. Luego terminó, eyaculó bufando cual animal. El muy enfermo, después de todo, después de golpearme, de insultarme, después de terminar, se acurrucó en mis piernas pidiéndome que le hiciera piojito.

Ahí estaba yo, con un desalmado en las piernas, y yo mientras tan-

to con un repudio... con un asco... con unas ansias enormes de ser ave y poder volar hacia cualquier lugar. Se quedó dormido al cabo de un rato. Pensé en huir, pero no tenía la llave de la puerta. Deslicé la manopora la bolsa izquierda de mi pantalón, que yacía en el piso, e introduciéndola muy lentamente en la cerradura conseguí abrir la puerta sin hacer ruido. Cogí mi ropa del piso y bajé las escaleras vistiéndome.

Casi en la puerta principal, a un lado de la cocina, sentí como un rayo... como una manocaliente en la espalda. Giré y vi una mano empuñando un cuchillo contra mí. Martín se despertó y fue tras de mí, estaba acuchillándome para matarme. Yo pensé en cubrirme el cuello con una mano y con la otra intentaba desviar el arma para que no me diera. El cuchillo entraba y salía.

En ese momento intenté correr hacia la puerta, porque supe que ese güey estaba loco, que estaba a punto de convertirme en una muerta más a manos de un imbécil. Sentí una corriente eléctrica en todo el cuerpo. Él me sujetó por la cintura, y con un brusco movimiento me lanzó al suelo. Intenté levantarme, nada más para liberarme de él; quise darle patadas, intenté alcanzar la puerta... Otra vez vi el cuchillo venir en mi contra.

Yo sentía la sangre caliente en los antebrazos, en las manos, en el abdomen y en los muslos. Nuevamente quise levantarme, ponerme de pie y salir de allí, dejarlo encerrado con su odio y sus complejos, pero su fuerza podía más que mi resistencia. No supe cómo, pero me agarró de la cabeza y me azotó tan fuerte contra el concreto del suelo que me desmayé.

Cuando desperté, lo tenía encima, estaba otra vez violándome. Fingí estar inconsciente todavía, dejándolo seguir con su acto de mierda. De poco a poco fui estirando un brazo hasta alcanzar el cuchillo abandonado a un lado nuestro, y tomándolo por el mango, de un único golpe, se lo clavé en el muslo derecho. Él gritó tan fuerte, estaba segura que ahora sí la abuela aparecería y me salvaría.

Yo también gritaba, pero el silencio era tal que ensordecía. Nadie me escuchaba. Nunca apareció la anciana (tal vez amenazada previamente por el nieto).

Aquel minotauro herido se sacó el cuchillo de la pierna, y viéndome, enrabiado, poseo de una ira ancestral y desconocida, se lanzó contra mí, apuñalándome. Me acorraló en una esquina de la habitación, me sujetó del cuello, elevándome y ahorcándome con su titánica fuerza de macho idiotizado. Cuando estaba a punto de desmayarme, me arrojó al piso, y ahí voy de nueva cuenta a dar de pura cabeza contra el durísimo concreto. Después, más puñetazos.

Tras el tremendo golpe, me estaba ahogando; quería respirar, mas no podía. Él, al notarlo, me acostó boca abajo y puso sus rodillas en mi espalda. Quería matarme más rápido. Yo sentía cómo los pulmones no alcanzaban a inflarse, no podía ni siquiera gritar. Él seguía como bufando, resoplando como bestia sobre mí. Me quedé allí, quieta, quieta —no sé cuánto tiempo pasó, quizás unas dos horas—, hasta que el ojete se fue calmando, calmando, calmando...

Lo noté preocupado, menos rabioso, le pedí que por favor me dejara ir. Estábamos en un charco de sangre, de mi sangre. Al ver aquello, por un momento en su perturbada mente cruzó un pensamiento de arrepentimiento, de afabilidad, de culpa, quedándose

ido, como embobado por unos momentos. Aproveché para correr a la puerta, esta vez logré abrirla y cuando estaba apunto de cruzar me jaló el cabello, haciéndome caer para luego arrastrarme hacia dentro de la casa.

Puso sus manos de orangután alrededor de mi cuello, a mí ya ni me salía la voz, y me asfixió hasta la inconsciencia. Si yo tenía miedo, él más, porque no se aseguró de que yo estuviera muerta. Apenas vio que ya no respiraba (aparentemente) y pensó en una sola cosa: deshacerse de mí lo más rápido posible.

Subió al segundo piso, lo escuché correr al subir por las escaleras; pensé en levantarme y

correr desesperadamente de allí. Algo me dijo que no, que mejor esperara, ya no soportaría más apuñaladas. Me hice la muerta — que no fue muy difícil con la poca fuerza que me quedaba— hasta que regresó. Me envolvió en unas sábanas apestosas hasta quedar hecha una especie de bulto, como un cigarro humano.

Me subió a la cajuela del coche, arrojó otros objetos —metálicos, supongo, por el ruido que hicieron al caer— y cerró la puerta. Condujo no sé cuánto tiempo, creo que unas horas, hasta que de pronto paró la marcha del automóvil. Me sacó del carro, escuchaba claramente cómo escarbaba un hoyo para luego enterrarme. Sabía que si quería vivir tenía que ser más inteligente que la bestia, así que seguí en mi papel de muerta. Palada tras palada, mi angustia iba creciendo. ¿Qué era mejor: morir apuñalada o morir siendo enterrada viva?

Por fin paró el ruido, sentí cómo me arrastraba sujetándome de los tobillos. No le importaba lo sinuoso del camino: iba llevándome por entre espinas, piedras y matorrales. Total, que si viva no sintió la mínima consideración por mí, pues qué iba yo a esperar de él estando muerta. Pasó no sé cuánto tiempo —¿10 minutos?—, hasta que se detuvo. Comprendí lo quevenía: la inhumación clandestina en una fosa anónima.

Se me quiso salir un grito del terror, una queja de tanto dolor, un «AYYYYYYYYYYY», pero me mordí los labios, aguantándome: sólo me quedaba esperar sobrevivir a ser enterrada viva. Me aventó al hoyo aquel, yo esperaba que fuera profundísimo debido a que durante mucho tiempo cavó y cavó. Sin embargo, sentí que estaba casi al ras del suelo y me alegré. Relajé los músculos del cuerpo y el bulto aquel parecía, sí, un muerto de a de veras.

La tierra recién levantada, recién excavada, es muy ligera. A menos que uno se pare sobre la tumba y la aplaste propositivamente, la tierra permanece así, suelta durante varios días. Por estar dentro de una sábana, la tierra no me ahogó, pero tenía poco oxígeno y debía salir a la brevedad de aquella inmundada tumba. Esperé poco —¿otros 10 minutos a lo máximo?— desde que escuché los pasos de Martín alejarse.

Fue difícil, pero una vez que logré sacar los brazos de la tela —a base de mordidas y mucha desesperación— pude ir removiendo la tierra suelta a mi alrededor. Después fui quitando y escarbando por la tierra que estaba encima de mí. Martín es doblemente estúpido: además de que no se aseguró de que yo estuviera muerta, me enterró a escasos y ridículos 70 centímetros de profundidad.

Pude ponerme de pie, y comencé a llorar. Lloraba porque me sentía tan afortunada de que, apesar del ardor en todo mi cuerpo por las cortadas, podía respirar. Creí luego escuchar unos pasos detrás de mí, y me eché a correr por aquel despoblado lugar. Aunque ya ha oscurecido y el día se ha muerto, yo estoy viva, soy una guerrera que seguirá derribando egos. Tengo miedo, pero debo llegar a casa.

Voy caminando, creo ver a lo lejos una gasolinera. Es increíble que el padre de mi hijo me hiciera esto; ¿no habrá pensado en el bebé en ningún momento? Debo llegar a la casa antes que él. Martín piensa que estoy muerta. ¿Qué pensará hacer con el bebé? Tengo que llegar antes que él, debo evitar que también lo mate, o que apuñale a mi mamá. Quiero correr, pero no puedo. Quiero gritar, pero no puedo. Me sequé la garganta, ya no hay gritos, ni voz. Tampoco lágrimas.

Voy caminando, descalza. Me acuerdo que cuando era niña, mi mayormiedo era que mi madre no regresara de la maquila. Tengo que llegar a mi casa. Quiero echarme a los brazos de mi mamá y decirle que casi me iba sin un abrazo suyo. Decirle que siempre tuvo razón.

Puede ser, como dice mi madre, que exista una vida después de la muerte. Sentí que me fui a ratitos hoy, pero regresé. Como que algo, alguien, no me dejó irme. De lo que sí estoy segura —segurísima—, es de que después de un feminicidio no hay vida. Si dejo de caminar, si dejode luchar con esta fuerza que me sale de no sé dónde, me muero yo, pero además mato a mi mamá y a mi hijo también. ¿Quién piensa en los huérfanos del feminicidio? Eso no. Yo no mataré del dolor a mi madre, a mi hijo no le faltará madre: ni

seré otra muerta más. Yo no seré una cifra hueca y muda. Yo no soy un número, ni una estadística, no seré una cifra en la ciudad de las muertas. Yo no seré una muertita en el país de las muertitas.

Tengo frío, no sé muy bien a dónde camino, pero tengo que llegar a casa. Veo más cerca la gasolinera, alcanzo a ver una mujer atendiendo, despachando gasolina. Seguro ella me ayudará, tengo que llegar a casa: ni yo ni mi hijo seremos una cifra en esta caníbal ciudad, en este feminicida estado, en este misógino país donde se castiga a las mujeres por nacer siendo mujeres.



**2020**

Este libro se publicó en formato digital en las plataformas web del programa editorial municipal.

**[www.pech.icm.gob.mx](http://www.pech.icm.gob.mx)**



PRIMERA EDICIÓN

*AÑO 2020-2021*





# *Cuentos morbosos*

JESÚS GÉNESIS  
MÁRQUEZ RAMÍREZ

Estos cuentos morbosos son el resultado escrito de las fijaciones que tuve en la época universitaria: la poesía de Pita Amor y Nahui Olin, la nota roja local, tramas heredadas de la infancia, el legajo de algún ancestro menonita y hasta los amores estivales de la juventud. El morbo, a pesar de todo, es un motor que hace al mundo girar.

